

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Julio 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 0'70 NF - N° 797-79



La sensibilidad de Maragall

Siguiendo biografías, como las hacia un verdadero maestro en lo que es esencia del sér humano, en el estudio de la personalidad: Stefan Zweig, nos es fácil percartarnos de esa dualidad que late en gentes de diversa condición social. Están en pugna dos condiciones psicológicas de naturaleza opuesta. Alfonso Daudet, con aquella humorística «bonhomie» de provenzal que le caracterizaba, puso de manifiesto de un modo claro, sencillo, la «pugna interior» existente en su «Tartarin de Tarascón», quien, unas veces se siente Quijote, y como el cervantino hidalgo manchego, sueña en lanzarse a la aventura, llevado de encendido impulso romántico, en tanto que otras veces frena su alocado entusiasmo el «practicismo» a ras de suelo, a lo Sancha Panza.

Como válvula de escape, afloran al exterior aquellos anhelos frustrados que tomaron forma en la intimidad del sér. Pío Baroja admiró ese dinamismo que ha caracterizado a los tildados hombres de acción. No era apropiado para vivir lo que estimaba interesante. De ahí que buscará reflejar en personajes de ficción. («Memorias de un hombre de acción»), lo que él no pudo ser jamás.

En ocasiones esa dualidad que brota de la conciencia, al correr de los años, diríase que se desvanece, que mengua, y ya ambas características quedan fundidas en una trayectoria única, que hace del individuo un «hombre acabado» a la manera que acertó a definirlo Papini.

Afianzando sus observaciones con un cúmulo de ejemplos, manifiesta el doctor Vander, en su obra, «La expresión del rostro»: «Hemos dicho repetidas veces que cada persona es un mundo lleno de ideas, sentimientos, deseos, esperanzas, pasiones, alegrías, goces y satisfacciones mezclados con dolores, decepciones, sufrimientos, sinsabores y contrariedades, y también que en este mundo interior de cada persona, lleno de luchas entre las más diversas fuerzas, quedan y deben vencer siem-

HUMANA DUALIDAD

A LECCIONANTE por demás es ir comprobando detalles; reflexionando en torno a lo que nos muestran las características biográficas de personas de más o menos relieve social. Máxime cuando el que hace la biografía pone en su tarea singular efecto; cuando se esfuerza por penetrar en lo íntimo del biografiado, por descubrir la esencia de su personalidad en tanto que «hombre de carne y huesos», como decía Unamuno, paralelo a lo que haya dado de sí, a sus especiales características de artista, como artesano, bien en calidad de pensador, o en aquello que le haya sido propio y tenga acusada impronta; biografía, en suma, hecha a conciencia, susceptible de entresacar del biografiado cuanto constituya su integral modo de ser.

pre las inclinaciones, deseos, tendencias e instintos de tipo favorable.»

Hay que concederle su valor al determinismo. Nos indigna que aquél por quien tenemos manifiesta simpatía no reaccione de un modo o bien de otro, pero con un alto sentido de dignidad, ante una situación determinada. Es incuestionable que debe de haber factores que le inducen a no obrar como nosotros deseáramos y como él, en su fuero interno.

lores intelectuales de renombre mundial. Se le achacan, de una parte, la influencia de Goethe, con aquella serenidad apolínea, que en los cánones de la Grecia inmortal, busca plasmar el concepto de la Belleza. De otra parte, el desgarrado inconformismo nihilista de un Nietzsche.

En tanto que periodista, redactor de un diario barcelonés que se publicaba en castellano, usaba Maragall el idioma cervantino; pero, el poeta que latía en su fue-

vor de iluminado el fraterno anhelo de los pueblos de Iberia, unidos, interpretando esa popular concepción federalista que nos enseñaron Pi y Margall, y antes que él Proudhon. Federalismo que conceptuamos como norma de convivencia los anarquistas. Así lo expresaba Maragall:

*Oh!, Portugal, dem-nos les mans
posa-hi les teves, oh Castella!
Espanya, Espanya, aixis ets bella!
Els pobles lliures són els grans!*

por FONTAURA

tal vez también quisiera. Complacete notar el que se reaccione de un modo enérgico frente al obstáculo que cierra el paso. Para ello, cuenta como factor concluyente la rebeldía. Gregorio Marañón, glosando tales facetas del comportamiento humano, abonaba en pro del que no se doblega ante una situación determinada. Así, en sus «Ensayos liberales», aduce: «Cuando un sér humano marcha por la vida sin obstáculos, ya decía Santo Tomás que es necio llamarle virtuoso, por bueno que sea. Mientras no surge la piedra que cierra nuestro camino el espíritu satánico que todos llevamos dormido en el alma prefiere no despertar, porque como gran capitán que es, sólo gusta de entablar sus batallas en las condiciones más favorables. Sólo entonces es una virtud el ser rectamente hombre, por encima de todas las sugestiones que nos invitan a claudicar de nuestra hombría.»

Esa humana dualidad, cuyas inequívocas manifestaciones se han puesto de manifiesto en los estudios biográficos, en lo que a Juan Maragall hace referencia, se han querido hermanar en dos corrientes, simbolizadas en figuras representativas dentro de los va-

ro interno se expresaba en la lengua vernácula: el catalán. Hijo de Iberia, su palabra era como la sal de la tierra, encarnaba el latir de una región que ya se sabe tiene su propia modalidad expresiva; la «palabra viva» de su lengua materna. Así Curros Henriques, o Rosalía de Castro, poetas excelsos de Galicia; admirable también Gabriel y Galán, poniendo el tono extremeño a algunas de sus más conocidas poesías, así como Vicente Medina, reflejando en sus versos el hablar característico en la huerta murciana. Mistral no hubiera alcanzado a plasmar, haciéndolo en Esperanto, el «soterraño» encanto poético de la Provenza al crear las estrofas de su poema «Mireio». Y no obstante, la belleza intensa de su evocación transpuso las fronteras y fué más allá del «Mare Nostrum».

Creo que el catalán de Maragall lleva resonancias mediterráneas que lo elevan bien por encima del sentido acotado del terruño; rompa el estrecho mirage, la restricción «casolana» que a veces se deja sentir en buena parte de la literatura catalana. En Maragall, como ha dicho un crítico de sutiles apreciaciones, latía un fuerte impulso al mundo exterior, lo que hacía que cantara con fer-

Nació el poeta el 10 de octubre de 1860 en Barcelona. Sus padres poseían una fábrica de tejidos. Pertenecían a esa añeja burguesía catalana que magistralmente supo reflejar Santiago Rusiñol al fijar los pormenores del «Senyor Esteve» y su familia. Burguesía de una sordidez extremada; atenta a la caja de caudales e indiferente a las privaciones, a las penas de los trabajadores. Querían los padres de Maragall que el hijo se inclinara a la especialidad industrial que ellos cuidaban. Que fuera también un fabricante, como todos, atento a las





La sensibilidad de Maragall

ganancias e insensible a las tribulaciones proletarias. Pero Juan Maragall tenía otras aficiones. Leía mucho; estudiaba el alemán y el inglés, deseoso de leer a unos poetas y escritores en su lengua original.

Los primeros versos que le fueron publicados al autor del «Cant espiritual», llevan como título: «Al veur't l'anima entera». Tienen ese sentido de humorada y de suave escepticismo que se nota en Campoamor y en Bécquer. Habla de la novia, muchacha de un modo de ser tornadizo, y de la cual un amigo le dice:

*A tu et pintava el blanc negre,
lo mateix em feia a mi.
Llavors fini mon enuig
que no crec torni mai més
a torbar ma ànima, puix
ara per mi l'amor és
de color de gos com fuig.*

Luego, ya bajo la influencia del estro de Goethe, a quien tradujo de un modo magistral al catalán. Maragall iba modulando su poesía. Iba creando belleza y armonía en las imágenes; nacida en él su inconfundible encanto evocativo.

La prosaica vida que hacía en la fábrica quedaba atemperada por los ratos que dedicaba a la lectura, por la fruición espiritual que le producía escribir versos. Pasó el tiempo. De un lado notamos en Maragall al poeta de exaltación romántica, que admira a Novalis, a Schiller, al Goethe de «Werther». De otra parte, destaca el «senyor» de Barcelona, que se casa y tiene uno, dos, tres, cuatro, cinco, hasta llegar a doce o trece crios, entre chicos y chicas. De un lado el lector de Nietzsche, el conocido pensador que hacía tabla rasa de valores. En oposición el buen burgués que pertenece al Somatén, esa institución catalana que un día tuvo un carácter popular, pero que después fué reaccionario estamento de la burguesía para hacer frente a la acción manumisora de los obreros.

Maragall, que tenía un gusto por todo lo selecto, que dejó el ambiente de la fábrica de sus padres por no complacerle la prosa de los negocios, sentía admiración por Cambó, el financiero catalán de repelente perfil semítico, reaccionario de la peor especie, que gritaba en jornadas de enconada y cruel persecución a los militantes de las organizaciones obreras, una palabra siniestra: «Delateu!, Delateu!» Pedía que se delatara a cuantos habían podido escapar al trato bestial empleado por los esbirros policíacos. No usaba Maragall la carabina de somaténista, que guardaba en su casa,

pero tenía como hombre de pro a un tipo como Cambó. A Pijoan, amigo del poeta, le resultaba repulsiva la figura del conocido financiero catalán, y cada vez que Maragall le aludía en conversaciones, atajábale, molesto: «¡Déjese usted de Cambó, hombre; déjese de Cambó!»

Redactor del «Diario de Barcelona», expresión máxima del sector conservador, Maragall seguía la tónica del periódico, defensor de los intereses de la burguesía catalana. Pero, en ocasiones, el inconformista que había en lo fondo de su sér, se dejaba sentir, y entonces su prosa era como golpe de rebenque en contra de la clase social que leía y sostenía el periódico. ¡Una verdadera paradoja! Al margen de la tarea periodística, el poeta componía estrofas de rebelión como las hay en «El Cant de la Senyera» o bien esos delicados poemas en que ensalza las fuerzas libres de la naturaleza. De un lado el hombre de un señorial aire conservador; de otro lado el individuo de espíritu rebelde, a quien lo abyecto e injusto produce repulsión. Así vivió y murió, joven aún, en el 1911, Juan Maragall, hombre de pro y gustador de calidades, como le llamaba nuestro querido Felipe Alaiz.

Luego, lo de siempre: gentes de vivir prosaico, aferradas como lapas en estamentos oficiales; sujetos de mentalidad obtusa, les da por celebrar, en ocasión de su centenario, la memoria del gran poeta. Del poeta en cuyo destino quedó plasmada esa tremenda dualidad humana que se observa en no pocos hombres de talento.

El canto a la vida

Amar la vida, alcanzar a reflejar lo que la existencia, lo que el mundo tiene de bello, de agradable, es misión de poeta, de vate que cala hondo en todo lo que puede justificar el seguir viviendo tras haber vivido; lo que puede atenuar, o desvanecer inclusive, el sabor amargo que dejan las desilusiones, los encontronazos del camino.

Poeta que exalta los primores que puede deparar la existencia; poeta que tenía la delicada facultad de percibir con toda su intensidad los matices que ofrecía la naturaleza. Captaba con entrañable afecto de enamorado de las cosas el detalle que, aun pareciendo insignificante de momento, trascendía a sugestiva realidad al adentrarse en la mente de Maragall y al transmitirlo éste a los demás.

Se ha hablado del concepto panteísta del universo, peculiar al autor de «L'oda infinita». En efecto: si está contenida en la existencia la belleza, la alegría del vivir, lo que es agradable en el seno de la naturaleza, en las cosas que nos rodean, ¿qué razón tiene el

que se vengan contando fábulas paradisiacas y ultraterrenas con miras al futuro, emanando de tal

o cual credo religioso? Es lo que trató de significar en su «Cant espiritual»:

*Amb quins altres sentits m'el fareu veure
aquest cel blau damunt de les muntanyes
i el mar immens, i el sol que pertot brilla?
Deu-me en aquests sentits l'eterna pau
i no voldré més cel que aquest cel blau.
Tant se val! Aquest mon, sia com sia,
tan divers, tan extens, tan temporal;
aquesta terra, amb tot lo que s'hi cria,
es ma patria, Senyor: i no podria
ésser també una patria celestial?*

Albert Camus admiraba a Maragall. Había comprendido ese intenso amor a la vida consubstancial al poeta catalán. Tanto es así que puso todo su fervor de amante de la Belleza en traducir

al francés el poema del que acabo de transcribir unos versos. Camus publicó en la revista parisina, «Le Cheval de Troie» el «Chant spirituel»:

*Homme je suis, et humaine est ma mesure
Pour tout ce que je puis croire et espérer;
Si ma foi et mon espérance s'arrêtent ici,
M'en ferez-vous ailleurs une faute?*

Uno de los poetas contemporáneos italianos más representativos, Eugenio Morales, sentía viva admiración por Maragall, de quien tradujo a la suave lengua de Dante el «Cant espiritual»:

*Se il mondo é tanto bello, se si
spechia — la tua pace nei nostri
occhi, tu — potrai darci di più in
un'altra vita?*

Ama el poeta y nos hace amar la naturaleza. Diríase que nos ofrece de ella una imagen plástica que se nos adentra por los

*Torno a la dolçor de les muntanyes
i de veure el mar blau de dalt dels cims;
tot era ple de llum i d'alegria;
pels plans brillaven tremolant els rius.
Tot era prop i lluny, i tot tenia
com una resplandor d'eternitat;
aquell repós que l'ànima somnia
per quan aquest camí s'haurà acabat.*

Quedan en la retina imágenes que diríase las hemos contemplado con el poeta: la dulzura de las montañas, el mar azul visto desde las cimas de los montes, el brillo de los ríos que se agitan con sensación de leve temblor en el llano. Todo aparece, desde la altura, cercano y lejos... Y todo tiene co-

mo un resplandor de eternidad; de esa paz que soñamos para el fin del camino del vivir.

Ama Maragall el mar; siente la sensación de eterna inquietud y fuerza prepotente de las aguas marinas. Bajo el cielo levantino de Blanes, la simpática población costera, el poeta escribía:

*Flameja al sol ponent l'estol de veles
en el llunyà conji del cel i l'aigua.
La mar, inquieta, com un pit sospira
en la platja reclosa i solitaria.
D'on pot venir la inquietud de l'ona?
Misteri de la Mar! L'hora es ben dolça.
Flameja, al sol ponent, l'estol de veles.*

En uno de sus numerosos artículos que escribía en castellano, y que se publicaban en el «Diario de Barcelona», dijo Maragall: «Todo lo que tiende a deprimir la fe en la definitiva bondad de la vida es inmoral.» Del prólogo puesto al primer tomo de las obras completas de Maragall, por José María Capdevila, traductor del catalán unas líneas por lo que aciertan a definir el modo de ser, la espiritualidad del autor del «Himne ibéric». Escribe: «Las di-

versas influencias de Guyau y de Nietzsche, de Carlyle y Rousseau alcanzaban en el poeta hasta donde se unían con los hechos y las cosas que aprendía por experiencia directa. Rousseau no le dejaba aquélla su blandura sensual, sino el sentido de la naturaleza. Nietzsche no le pegaba una jactancia de la fuerza, sino un arranque contra la debilidad. En sus teorías solamente quería reflejar los hechos vivos y dejarse más y más de lo artificioso. Que-

JUAN MARAGALL

ría un arte que aproximara la belleza del mundo, de la vida, y no que nos la cubriera con otro velo: quería una civilización en donde se dejara sentir más intensamente

*Sadollem la mirada de verdor
enfonsant-la en el tou dels grands herbatjes;
sadollem les orelles de remor
enamoranlles dels bells crits salvatges;
i sadollem el pit d'aire del cel
per cantar l'alegria de la terra.*

Quiere saciar la mirada en la contemplación del mundo vegetal que llena el paisaje; desea saciar los oídos escuchando los rumores de la natura y las exclamaciones de alegría que reflejan esa satisfacción del ser humano al expresar su contento. ¡Y saciar el pecho del aire que cruza el espacio, para así cantar la alegría de la tierra!

Como contraste, trágico, a esa alegría del vivir, a la satisfacción que produce el contacto con la madre natura, produjo Maragall un breve poema con tal densidad de evocación que, sólo por lo que expresa y por lo que sugiere, se alcanza a calibrar el grado de sensibilidad del poeta. No es de extrañar pues, que Azorín, que no ha dejado de comprender el alto

Topando la cabeza con los troncos,
la inolvidable vía de la fuente,
la vaca sigue a solas. Está ciega.
Temerario zagal le saltó un ojo
de una pedrada cruel; cubren el otro
densas nubes; está ciega la vaca.
El manantial acostumbrado busca;
mas ya no va con arrogante paso,
ni con sus compañeras; va ella sola.
Sus hermanas, en cerros, en cañadas,
en el prado, en las márgenes del río,
hacen sonar los esquilonos mientras
pacen la fresca hierba... Ella caería.
De hocicos da con la tallada piedra
del toscó abrevadero, y retrocede
avergonzada; pero torna al punto,
inclina el testuz y bebe lenta.
Apenas tiene sed. Levanta luego
al cielo, enorme, la enastada frente
con un trágico gesto; parpadea
sobre los ojos lóbregos y huérfana
de luz, sufriendo el Sol, que arde y abrasa,
vuelve con marcha trémula, moviendo
lánguida y mustia la tendida cola.

Siente Maragall profundo anhelo de libertad. Así, cuando algo le ofrece idea de espacio, de lugar acotado, experimenta una sensa-

*Alçant aquestes parets heu pres entre sos caires
lo que era abans de tot: l'espai, l'ambient, la llum;
mai més lliure un auell travessarà aquets aires
ni una llar errabonda hi aixecarà el seu fum.*

Otra bella evocación de la libertad nos la ofrece el poeta en el breve poema «Les roses franques».

son les roses lliures de la servitud;

No son como las otras, del que quiere cogerlas, éstas:

son lliures, son pures, son del vent y el sol.

Y hasta que pase su tiempo y secas, deshojadas, una ráfaga de viento se las lleve, vivirán cara a la luz, cara al espacio infinito...

En ocasiones el poeta vibra de inquietud espiritual. Y es esta in-

el hombre, y no una civilización deshumanizadora. ¡Poco le importaba cualquier teoría si no tenía que servir para aproximarse a la vida, trágica, alegre, como fuera!

valor de una Rosalía de Castro y de un Antonio Machado, haya escrito: «Juan Maragall ha sido el poeta más fino y delicado de la España contemporánea. Es difícil plasmar, por fiel que sea una traducción, el hondo sentido emotivo que pueda tener un poema en su lengua original. De ahí que Enrique Heine manifestara, con el humor que le caracterizaba, que: «los versos traducidos son como rayos de luna disecados». No obstante, cuando el que traduce un poema es también poeta delicado, queda, evidentemente, muy atenuada la distancia que pueda separar el original de la traducción. Creo fué el pulcro poeta de lengua castellana, Díaz Canedo, quien tradujo «La vaca ciega», que transcribo:

*Vigila, esperit, vigila,
no perdís mai el teu nord,
no et dexis d'a la tranquilla
aigua mansa de cap port.*

*Fuig-ne de la terra immoble,
fuig dels horitzons mesquins.
Sempre al mar, al gran mar noble;
sempre, sempre mar endins...*

Siempre más allá; siempre, tomando como infinito la imagen del mar. ¡Siempre mar adentro, cruzando los horizontes mezquinos y la inmovilidad de lo que vegeta a ras de suelo!

Ensalza el poeta la libertad de los pueblos; el goce sin trabas de

*El mar es gran, i es mou, i brilla i canta,
dessota els vents bramant en fort combat;
és una immensa lluita ressonanta,
és un etern daler de llibertat.*

Hay en el ambiente popular de Cataluña estimación por lo folklórico. Como las otras regiones de España, posee, evidentemente, sus canciones, sus danzas. Maragall alcanzó a dar vida perdurable a himnos y canciones que muchos entonan sin saber quién fué el autor de ellos. Ensalza la libertad, la independencia, el amor fraterno entre los hombres, la alegría de vivir y de admirar las co-

la tierra madre, y sus frutos, sus paisajes, hombres y cosas. ¡Todo cuanto alcanza hasta el confin del horizonte! Siente la fascinación del mar y en él cifra lo que constituyen ansias de independencia y liberación:

las bellas. Y de por sí, es ya ello merecedor de estima. De ahí que siendo trotamundos por necesidad, e internacionalistas por convicciones, consideremos al poeta catalán, Juan Maragall, como a uno de los de sensibilidad más exquisita, cuya obra está llamada a perdurar por su contenido de esencia profundamente humana.

FONTAURA

«SALVADOR SEGUI. Su vida, su obra»



Es un libro de «SOLI» recién aparecido. Su precio: 3,50 NF.

Todavía el problema de la cerámica ibérica

V. — Resultados cronológicos en Cataluña y en el Bajo Aragón

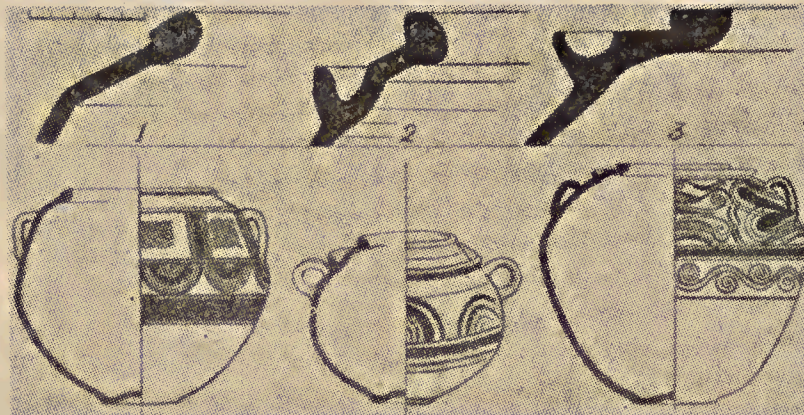
1) El N. y E. de Cataluña forman un grupo extremo, intermedio entre el SE. de España y Valencia de una parte, y la última extensión de la cerámica ibérica en la zona litoral francesa que parece haber recibido repercusiones — además, probablemente, de algunas importaciones — de la evolución del SE., después de los primeros tipos más sencillos con simples bandas de color. Estos — imitando la cerámica focca, pero siendo el principio de la evolución auténticamente ibérica — pudieron surgir en todo el «hinterland» de las regiones visitadas por los griegos, a la vez, en el Sur de Francia, en Cataluña, en el SE. de España y en Andalucía, muy pronto en el siglo VI.

2) En el siglo V y a principios del IV, en Cataluña se importan vasos del estilo «clásico» de Archena-Elche (vaso de l'Aigueta, kálathos del «águila» de Emporion) se imitan algunos de sus motivos (guirnaldas y pájaros de la viña del Pau de Villafranca del Panadés) así como se producen desarrollos autónomos con influencias de la cerámica griega cruzadas con las de los motivos animales y humanos del SE. (vaso Cazurro, fragmento de Ilduro, motivos vegetales de Emporion, fragmentos con motivos florales de Tarragona).

3) En el siglo IV se importan en Cataluña tipos del arte «barroquizante» de Oliva-Liria (fragmentos de Tarragona con jinetes).

4) También en el siglo IV — en el Bajo Aragón, en Tivissa y en el Urgel — se reciben, a través probablemente del norte del reino de Valencia, todavía mal conocido, y se interpretan motivos florales y espirales del S.E. (Calaceite, Tivissa, Sidamunt), cristalizando ello en la cerámica de Sidamunt que irradia su influencia, a fines del siglo IV y sobre todo en el III, hacia Cataluña, en donde florece la cerámica de Fontscaldes con un desarrollo geométrico autónomo y con las hojas de yedra «exentas» esquematizadas, exportándose sus vasos a otras localidades de Cataluña, el Sur de Francia, Italia y Mallorca.

5) Las últimas decoraciones del arte de Sidamunt y de Fontscaldes con la yedra «exenta» parecen continuarse en el vaso del Turó de la Rovira de Barcelona, iniciándose una decadencia que continúa hasta más tarde, encontrándose a fines del siglo II o a principios del primero, todavía, un eco de los antiguos tipos de Archena-Elche en el fragmento con un pájaro degenerado de Emporion.



Cabezo de Alcalá (Azaila), (siglo III). Tipo Sidamunt (1-2: periodo A: transición.)

VI. — Llanura del Ebro Aragonés

Azaila.

En la llanura del Ebro aragonés abundan los poblados — verdaderas ciudades por su extensión — de los que se conoce sobre todo el Cabezo de Alcalá en Azaila (provincia de Teruel en su extremo NO., lindante con la de Zaragoza) que representa un grupo especial de la cerámica ibérica que allí perduró, floreciendo hasta rayar en la época imperial romana, habiendo comenzado aproximadamente al mismo tiempo que el florecimiento de la del Urgel y del Bajo Aragón. Esta cerámica ha sido estudiada sobre todo por Cabré, quien le ha dedicado bellas publicaciones (109) y fué — como se dijo — la primera cerámica ibérica conocida y la que por extraña paradoja dió lugar a la hipótesis del origen micénico.

En el Cabezo de Alcalá, después de una capa a la que corresponde una necrópolis de supervivencia hallstática que Cabré cree poder hacer llegar hasta el siglo III, atribuyéndola a una población céltica, se construyó el gran poblado en el que los vasos que parecen más antiguos presentan grandes semejanzas con los decorados con hojas de yedra «exentas» y con ornamentos geométricos de Sidamunt y de San Antonio de Calaceite. Cabré cree que esto indica una conquista del Urgel y del Ebro por los iberos, sustituyendo la población céltica hallstática; pero probablemente se trata, allí como en el Bajo Aragón, de una absorción de los celtas — entrados en tiempos de la civilización de las urnas y reforzados con nuevas infiltraciones hallstáticas — por la población indígena ibérica que asimiló la civilización ibérica general. Esta asimilación — que en el Bajo Aragón conocemos mejor por la diversidad de poblados que no tuvieron cada uno una admiración que sobrepasase una de las etapas de la cultura — no la conocemos en su

proceso de la llanura del Ebro; pero siendo los celtas un elemento intrusivo que se superpuso a la población indígena — que debió ser la de los almerienses-protoiberos — la rapidez y la facilidad de la completa asimilación de la cultura ibérica general y el carácter ibérico que en definitiva prevaleció, hacen pensar mejor en una absorción de los intrusos celtas que en una nueva conquista ibérica.

Creeríamos que el principio de la cerámica ibérica de Azaila es anterior a lo que cree Cabré y que en el siglo III ya había terminado la etapa céltica y se había adoptado la cerámica de tipo San Antonio y Sidamunt que entonces estaba en su apogeo y que en el siglo II había terminado ya, por la destrucción de los poblados durante las guerras de Catón en sus primeros decenios. Precisamente después de Catón, y en el siglo II Azaila produce la escuela más original de su cerámica, cuyo apogeo Cabré coloca después de las guerras sertorianas en el siglo I, hasta la completa destrucción de la ciudad hacia el 27 antes de nuestra Era.

Hay poco que añadir o que modificar al estudio de la cerámica de Azaila hecho por Cabré, a cuyas publicaciones nos remitimos y únicamente es preciso modificar las fechas iniciales del desarrollo hacia atrás y las que limitan los distintos periodos. Señalamos también la originalidad del desarrollo de Azaila que contrasta con la relativa pobreza de la cerámica del Bajo Aragón — en donde no pasa de ser una repercusión tosca de los motivos del SE. y un arte muy provincial — y hasta con la de Sidamunt, que también se mantuvo dentro del marco de un arte provincial y sin gran originalidad. En Azaila — a pesar de sus principios semejantes de Calaceite y a Sidamunt y de la posible raíz de su arte en el que representan aquellos poblados — en tiempo posterior a ellos hay

par P. BOSCH GIMPERA

una verdadera fantasía creadora, de un barroquismo desenfadado, y de un sentido decorativo. Cabré he llegado a identificar determinados vasos con la personalidad de determinados ceramistas aunque no tengamos sus nombres, pudiéndose deducir el carácter de verdadera creación individual del sello que imprimieron a sus obras y de aparecer los vasos de un mismo autor marcados con una misma letra del alfabeto ibérico.

El marco cronológico para el desarrollo de la cerámica de Azaila lo dan, por una parte, la estratigrafía que acusa tres incendios, y, por otra, los hallazgos susceptibles de ser fechados, sobre todo los de monedas, tanto las indígenas como las de la República romana.

El primer incendio puso fin al poblado céltico con cultura de tradición hallstática. Después de él se levantó la ciudad ibérica siguiendo el trazado de las calles de dicho poblado. El segundo incendio destruyó esta ciudad y fué seguido de una reconstrucción total según la planta de la ciudad ibérica destruida. Esta segunda ciudad ibérica fué, a su vez, destruida por otro incendio, el tercero de ellos.

A la primera ciudad ibérica corresponden numerosos hallazgos de monedas que dan la seguridad de su ocupación desde principios del siglo III, por lo menos: tales hallazgos son de monedas — una de Massalia griega, púnicas de Cartago y Ebusus del siglo III; un sextante romano antiguo (286-268), un as romano con bonete e insecto volando (217-197); un as de la familia Saufeia (197-172); un sémis de la familia Renia (150-125); un as semiuncial de 89 a.d.n.E.; de la España romana, ases de Carmo, Corduba y Valentia, ésta última del 138 a.d.n.E. Además hay monedas hispano-romanas del «tipo antiguo» de Emporion y Sagunto (entre 195 y 150), del «tipo del jinete», antiguas y de gran peso, acuñadas probablemente en Iltirida (150-134) — siendo las encontradas en Azaila pocas y muy desgastadas —; de mediano peso de Iltirida, Iltircesen, Arcedurgi, Eusti, Ilduro, Ieso, Ildugoitu, Tarraco, Saitabis, Cesse, Celse, Bilibis, Segobrices, etc., en ejemplares muy desgastados.

(109) Cabré, *Corpus Azaila*; J. Cabré, Azaila. (IV Congreso internacional de Arqueología, Barcelona, 1929), y las publicaciones anteriores del mismo Cabré citadas en estos trabajos. De la misma cultura de Azaila: T. Ortego Frias, *El poblado ibérico del Castellillo. (Alloza, Teruel; Amurias, VII-VIII, Barcelona, 1945-1946, páginas 185-202).*

Recordando a Luis Bagaría

No he sido nunca gran amigo de las tertulias — literarias o no; en los cafés o donde fuese — que me han parecido siempre, o casi siempre, lavaderos para hombres solos dónde todo chisme y toda maledicencia encuentran asilo. La chismografía y la maledicencia son armas de la gentuza; fusiles cuyo tiro, a la corta o a la larga, acaba siempre saliendo por la culata. La chismografía y la maledicencia son las maneras más sucias de perder el tiempo. Y las más aburridas.

Sin embargo, he frecuentado de tarde en tarde algunas tertulias: en Madrid la del «Varela», en la calle de Preciados, cuando me figuraba que allí encontraría a Antonio Machado; la de la «Cacharrería» en el Ateneo, cuando a ella me llevaba Luis de Tapia; otra, de comediantes, periodistas y autores más o menos cómicos, más o menos dramáticos, que se celebraba a la salida de los teatros en el «Castilla» de la calle de las Infantas; la de Valle Inclán en la «Granja El Henar» y, algún sábado, con Salvador Bartolozzi, la que RAMON celebraba en Pombo; en París la que en «Le Grand Corona» presidía Carlos Morla Lynch, hombre de gran bondad y autor de un gran libro *En España con García Lorca*, que no me explico cómo no se ha traducido ya al francés, y otra en un viejo café de San Sulpicio — un viejo café de ambiente provinciano — para charlar un rato con Georges Bernanos; en Barcelona la del «Cataluña», restaurant que los amigos de la buena mesa conocían bien, en la plaza del mismo nombre, esquina a la calle Vergara.

Ibamos Santiago Rusiñol — cuando le era infiel al «Lion d'Or» — el escultor Soto, el pintor Padilla, el editor Antonio López, Pedro



Luis Bagaría

Corominas, José M. Jordá, traductor de Hauptmann, el gran periodista Mario Aguilar, el pintor Antonio Saló, feo y erudito. Alguna vez se presentaba una escritora peruana — creo que peruana — Rosa Arciniega, que, además de tener talento, era muy guapa y de la que Ruiz Contreras, viejo cascarrabias, me habló muy mal. (¿De quién no hablaría mal Ruiz Contreras?)

Cuando estaba en Barcelona, Luis Bagaría no faltaba una noche y se convertía, de la manera más natural del mundo, en el pontífice de la tertulia.

Con su ancho sombrero gris — Bagaría sentía preferencia por ese color — sonreía y, con su voz opaca, ronca, contaba sus famosos cuentos alemanes. Su sonrisa, gracias a sus grandes labios carnosos como los de un negro, hubiérase dicho que tenía un relieve que no tiene la de otros hombres, sobre todo los de labios muy delgados, en los que la sonrisa parece romperse de pronto por una pedrada invisible. Los de Bagaría se distendían convirtiendo la cara en carátula.

Sus cuentos alemanes tenían, cuando él los contaba, mucha gracia. (Sobre todo el de la hija de Fritz, que se casó y tuvo la desgracia de que el marido le resultara cornudo.) Pero cuando, después, queríamos contarlos nosotros adquirían una insulsez, una soseira aterradoras.

El camarero — aquejado del mal de la literatura y con infulas de autor dramático — nos servía invariablemente Pernod, que es el más literario de los aperitivos. Padilla — pequeño, rubicundo, con anteojos y carita de gnomo — alternaba el Pernod con el Picón. Padilla y Bagaría eran inseparables. Juntos llegaban a la tertulia y juntos se marchaban.

Al estallar la guerra civil, Bagaría abandonó Madrid y se instaló en Barcelona. La capital catalana había vivido horas de angustia el domingo 19 de julio — los sublevados santificaban a tiros la fiesta — pero a los dos o tres días, vencido lo que en las prime-

ras horas se creyó uno de tantos pronunciamientos, recobró — aparentemente — su alegría de siempre. Se conocía la traición de jefes que hasta entonces pasaron por republicanos: el borracho Queipo de Llano, el masón Cabanellas, el siniestro Aranda. Se veía claro y sin lugar a dudas que no se trataba de un vulgar «pronunciamiento» sino de una guerra con todas las de la ley. Pero la guerra estaba lejos: en Madrid, en Badajoz, en Oviedo, en Sevilla, en Zaragoza. Y en Barcelona no escaseaban los viveres, los teatros y los cines funcionaban, los cafés estaban siempre llenos de bote en bote. Habían desaparecido las corbatas y los sombreros, símbolos abyectos del fascismo, con lo que se conseguía una cosa importantísima para la buena marcha de la guerra: dejar sin trabajo a los que fabricaban corbatas y sombreros. Según parece, usar tan odiosas prendas era ser contrarrevolucionario.

por Luis CAPDEVILA

Cosa que, seguramente debido a mi torpeza, yo no acababa de explicarme.

Los ricos, los que aspiraban a serlo y los que veíanse obligados a parecerlo salían a la calle descorbados y desombrerados. Cuando me encontraba con alguno que era amigo o simple conocido le preguntaba, socarrón:

—¿Qué? ¿Disfrazado de revolucionario?

Bagaría, Padilla y Mario Aguilar — republicano de siempre que, por republicano, moriría en el destierro — tocábanse con unas gorras llamadas Durruti, en homenaje al luchador digno y heroico que, en vez de hacer el fantasmón en la retaguardia, se había marchado al frente.

La tertulia del «Cataluña» no era ya la de antes. Santiago Rusiñol, el editor Antonio López y José M. Jordá habían muerto. Seguían yendo Saló, Padilla, Soto y Mario Aguilar. Alguna que otra vez iba también Manolo Fontdevila, huido de Madrid y que pronto embarcaría para Buenos Aires.

El espectáculo de la retaguardia empezaba a cansarme, a inquietarme; me aburría mi trabajo, que consideraba inútil, en el periódico; envidiaba a los que se marchaban al frente. Y un buen día, sin encomendarme a Dios ni al diablo, me uní a los que marchaban.

Destinado al frente de Aragón me instalaron en Alcañiz, una pequeña ciudad en la que, como pasaba con casi todas, lo antiguo: una plaza del Renacimiento, una colegiata barroca, un castillo románico en ruinas, era muy hermoso y lo moderno muy feo. El ambiente era mucho más sano que en la



Luis de Tapia

retaguardia. Más sano y más serio, aunque no tanto como era de desear. Estábamos en segunda línea, pero ya en zona de guerra. Y la guerra no admite bromas, no admite mojigangas. Afortunadamente, el enemigo carecía de la aviación que poco después tendría gracias a la torpe y cobarde política de No Intervención, y no nos molestaba demasiado.

De cuando en cuando tenía que desplazarme a Barcelona y, si me sobraba tiempo, acudía a la tertulia del «Cataluña». Generalmente vestido de paisano y con corbata y sombrero. Si no podía evitarlo, iba de uniforme, que, valgan verdades, vestía desgarradamente, sin ninguna gallardía, y me sentaba como un tiro. La tertulia del «Cataluña» seguía firme, incommovible, agotando con entereza las existencias del «Pernod», que se reservaban para los clientes de importancia.

Sí, aún podía tomarme un «Pernod» con los amigos. Aún podía darles esperanzas sin necesidad de mentir, como tuve que hacer después.

Bagaría me dijo que tenía un hijo soldado en el frente, en Caspe, pero que le veía poco. Como los humoristas suelen ser gente muy seria, entrañablemente sería, el gran humorista que era Luis Bagaría — uno de los tres o cuatro grandes del mundo con Gulbransson, Heine, Apa y Grosz — resignábase a la ausencia del hijo porque sabía — desgraciadamente no lo sabían todos los que la hacían — que nuestra guerra era cosa muy seria. Había que terminarla pronto, teníamos que ganar la pronto para poder volver a contar cuentos alemanes, para poder volver a reír, para poder volver a vivir.

Le propuse a Bagaría:

—¿Quieres venir a visitar el frente? Padilla, si quieres, te acompañará. Podrás verle al chico.

—¿Iremos a Caspe? —preguntó anhelante.

—O tu hijo irá a Alcañiz a pasar un día contigo.

—¿Cuándo nos vamos?

—Cuando te mande el salvoconducto.

Puso una cara muy triste. No creía en los salvoconductos.

Dos días después le mandé el

Recordando a Luis Bagaría

coche y un soldado de escolta — Paco el Valencia, que moriría pocos años después en un campo de concentración francés — con los papelotes para él y su inseparable Padilla.

Serían poco más de las once de la mañana cuando llegaron a Alcañiz, después de un alto en Gandesa, cuyo vino es famoso y dónde había una tabernera muy guapa.

—Esto es muy hermoso— me decía Padilla, entusiasmado con el paisaje.

—¿Cuándo podré verlo al chico? —preguntábame Bagaría.

Salieron a dar un paseo por el pueblo. Regresaron a la una, para comer. Habían descubierto dos o tres tabernas cuya existencia yo ignoraba a pesar de los dos o tres meses que ya llevaba en el pueblo. Además de lo hermoso que era el paisaje — severo, austero, a base de ocres, sienas, cadmios, grises, azules — habían descubierto lo bueno que era el vino de Alcañiz. Casi tan bueno como el «Pernod» del «Cataluña», que ya empezaba a escasear.

Conseguido el permiso, al día siguiente se presentaba en el pueblo el hijo de Bagaría. Puede que por el uniforme, el hijo, muy simpático, muy cabal, parecía más serio que el padre. Y a veces, en voz baja, le regañaba:

—Padre, no seas loco.

Bagaría reíase de buena gana con la seriedad de su vástago y se justificaba así:

—Pero, hijo, si no soy loco ¿qué voy a ser?

Reincorporado el mozo a su unidad, les llevé a Bagaría y Padilla a Fuendetodos, que habíamos tomado aquellos días, a Blesa, a Mulesa, a Calanda — donde teníamos instalado un hospital dedicado exclusivamente a enfermedades venéreas, que dió lugar al dicho siguiente: «Quien mal anda, va a Calanda» — a Azuara, a Letux.

—¿Pero, y la guerra? ¿Dónde está la guerra? — preguntaba extrañado, Padilla.

—En otro sector. Te advierto que el espectáculo no es muy agradable que digamos, pero puesto que te sientes tan bélico, iremos a que veas las primeras líneas.

Y fuimos al sector de Vivel del Río, pero tampoco allí vieron la guerra. No atiné en organizar una pequeña batalla. Poco ducho que era yo en el oficio.

Bagaría y Padilla estuvieron cuatro o cinco días conmigo y se reintegraron después a la retaguardia para gozar de sus delicias: escasez de pan, de carne, de vino, — el «Pernod» pertenecía ya al reino de la fantasía — de todo. De todo menos de bombardeos.

Pasaron unas semanas, tal vez unos meses. Y una mañana me despertó mi ordenanza a prima hora para decirme que Luis Bagaría estaba en Alcañiz y deseaba verme. Me vestí apresuradamente y apresuradamente salí para mi despacho. Bagaría, sentado, caído

en un sillón, tenía la cabeza inclinada al pecho. Le creí dormido. Pero al ruido de mis pasos se levantó agarrándose al respaldo del sillón, al borde de una mesa cercana. Estaba lívido, tenía los ojos enrojecidos. Se echó en mis brazos, llorando convulsivamente. Su hijo había muerto. De la manera más tonta en una taberna de Caspe y jugando con la pistola.

¿Qué iba a decirle al pobre? ¿Qué palabras encontrar capaces de llevar a su alma un poco de consuelo? Le abracé muy fuerte, le senté de nuevo en el sillón. El desdichado, tapándose la cara con las manos, seguía llorando. Y su llanto — terrible llanto de hombre que había puesto su arte al servicio de la buena risa — hacía más fuerte, más acendrada, la amistad que por él sentía. La risa es para todos y las damas en espectáculo. Las lágrimas sólo las mostramos a

los ojos de los que amamos.

Ni que decir tiene: sentí la muerte del hijo, pero sentía más la vida del padre, ya hundida para siempre en la noche.

Ante el dolor inmenso del pobre, del querido Luis Bagaría — ignoraba que ya no volvería a verle nunca más — no sabía qué hacer ni qué decir.

Hasta que se me ocurrió una idea que muchos tacharán de extravagante, de irrespetuosa, de brutal.

Le dije a Paco el Valencia:

—Tráete unas botellas y dos vasos. Y avisa a Juan y a Jaime y a los que estén abajo de guardia que no estoy para nadie. ¿Comprendido?

Paco el Valencia le miró un instante al desesperado y dijo en voz muy baja:

—Comprendido.

Volvió el mozo, descorchó las botellas y retiróse.

Y en ayunas, sin casi hablarnos —¿para qué?— Luis Bagaría y yo empezamos a beber.

LUIS CAPDEVILA



..cuando me juraba que allí encontraría a Antonio Machado...

* DOS POEMAS *

SENDERO

Para Julián Gorkin,
director de «Cuadernos».

Qué grato este reposo
bajo el fleco de luz tornasolada,
hay un río rumoroso
de corriente pausada,
entre piedras y juncos recostada.

Aquí los prados bellos,
aquí son muchas las silvestres flores,
derrama sus destellos,
abiertos en colores
el alba que a la nube dió temblores.

La nube matutina,
gasa de ensueños en la luz sonora,
obra será divina
para adornar la aurora
cuando fulge su gloria creadora.

Amo esta sinfonía
y el tono iridiscente del paisaje,
me alegra siempre el día
porque veo el bosque
hundido en la espesura del ramaje.

Oh, a mi ser plugiera
vivir entre los chopos y rosales,
y ver la sementera
en tierras pastorales
por donde crecen trigos y maizales.

Gratisimo descanso,
no sé cómo salir de este sendero,
me quedo en el remanso,
pues fué mi amor primero,
y toda su llama arde, y aun lo quiero.

NAUFRAGO EN EL SUEÑO

Los sueños se producen con una
geometría disparatada, ha dicho
Valle Inclán. Yo tuve este sueño
y no sé lo que significa.

En el soñar de mi sueño
una ola hizo montaña,
largo bramido de espuma
sobre las marinas algas,
con el cinto en los ijares
y luna en su luz de plata.
Empina el bajel la punta
rozando una nube baja,

nube que estuvo muy lejos
en las estrellas colgada;
entonces pasó un sonido
entre el arco de su gasa,
y la nube fué otra ola
toda encendida de llama.
Ardía el aire marino
en el hueco de la caja,
que eso parecía el barco,
si no era la misma nada;
y el barco era ataúd
en la fosa de las aguas,
y pabellón de sepulcro,
y cirio en la noche blanca.
La noche en que abrió su boca
toda la marea atlántica
para tragarse un bajel,
sombra de pez sin escamas,
cúter con áurea vela,
al viento su tela larga.
No supe cómo fué aquello,
y todo fué forma vaga,
ni quién me salvó la vida
cuando la mar me llevaba.
Fuera mejor quedar muerto
en el agua funeraria,
porque al volver a los hombres,
limpio de toda cizaña,
éstos forjaban calumnias
y se mordían de rabia.

Morir en un sueño blanco
y en la muerte despertar,
donde acaben los temores
y la agonía del mal,
y la fuerza de los vientos
que sobre la tierra van,
aparejándose al eco
del rayo en la tempestad;
morir en un blanco sueño
y no saber nada más,
o ser silencio entre el polvo
y polvo en la luz solar.
Morir así, todo entero
y no volver a penar.

Y quien en la ley del mundo
halle lumbre y libertad,
ése nunca se naufrague
ni en el río ni en el mar.

Jesús Prado Rodríguez

Páginas de la Historia del movimiento obrero español

Una era de conspiraciones

Con la instalación de Fernando VII en el trono comenzaron las persecuciones sangrientas contra los patriotas liberales, y en respuesta al absolutismo borbónico comenzaron también las persecuciones de los uceanistas, de aquellos que habían puesto sus mejores esperanzas en el contenido de la Constitución de 1812.

Para el éxito de las conspiraciones se acudió a los cuarteles y en algunas ocasiones los cuarteles sanaron a campana con la bandera de la libertad. El periodista Carlos Rubio tuvo razón para decir que en España la libertad nacía con gorro de cuartel, porque en todos los movimientos progresivos aparecía el ejército. Todo el siglo XIX español se caracteriza por el predominio militar en la política. Daoiz y Velarde se rebelan contra los franceses en Madrid, desconociendo el pacto firmado por Napoleón con los Borbones; Riego se repela en Cabezas de San Juan en 1820 y su gesto asegura la independencia de la América española; en 1836 el sargento García obliga a la reina gobernadora a firmar la Constitución, que había sido nuevamente pisoteada. Todo el periodo de Isabel II es una sucesión de amenazas y pronunciamientos cuarteles; entra en escena Espartero, luego viene Narvaez, después O'Donnell; más tarde Serrano, Prim; en época de la primera República, Martínez Campos, Manuel Pavia, etc. Emilio Castelar, en el debate de las Constituyentes de 1869-70, dijo: «Ninguna, absolutamente ninguna de las naciones de Europa hace lo que nosotros hacemos: el partido moderado es Narvaez; el progresista es Espartero o Prim; la Unión liberal es O'Donnell o Serrano; si ellos no mandan, somos tan débiles que no podemos vivir; nos parecemos a aquellos antiguos vándalos que adoraban una espada puesta de punta en el suelo». El propio Castelar hizo lo mismo que los vándalos en 1873-74.

Contra la conspiración de Riego y el acatamiento forzado de la Constitución de 1812, Fernando VII apeló a la Santa Alianza y ésta le ayudó a restablecer el absolutismo con la expedición llamada los Cien mil hijos de San Luis al mando del duque de Angulema. Volvió el monarca a instalar una era de terror y de venganza que malogró por muchos años la entrada de España en una era de estabilidad y de progreso efectivo.

Después de la intensa sangría de la guerra de la independencia, después de los absurdos sacrificios para mantener el dominio borbónico en las colonias americanas y asiáticas, vino la sangría espantosa de la represión fernandina, que cerró las universidades y abrió academias de tauromaquia y, naturalmente, vino la réplica



de los perseguidos, la organización clandestina, la lucha desesperada por un poco de luz y un poco de libertad. Fue la época del carbonarismo, de las asociaciones populares secretas, de la masonería, que se extendieron por las principales ciudades de la península. Hubo núcleos disidentes de las logias masónicas, con aspiraciones socialistas, grupos conspirativos como el del Café Lorencini, la Fonta de Oro, la Cruz de Malta, etc.

Hubo tentativas reivindicatorias de los jornaleros andaluces, de las que quedan huellas en publicaciones de la época, entre las cuales se mencionan, por ejemplo, las siguientes: *Discurso sobre la manera de aumentar la riqueza pública, la marina y las virtudes civiles* (Córdoba, 1820), y *Repartimiento de baldíos realengos y realengos* (1821). En el primero se pedía la distribución de la tierra entre los que la cultivaban, y oponía 4.500.000 labradores a 1.350

por Diego ABAD de SANTILLAN

Rebeliones, hambre de tierra, aspiraciones justicieras

A mediados de 1821 se produjo un levantamiento de carácter republicano en Barcelona, en el que participó el francés Jorge Bessières, que había combatido con los españoles en la guerra de la independencia contra Napoleón; hubo chispazos de rebelión en Zaragoza, en Alcañiz y en otros lugares; a mediados de 1822 estalló en Valencia una agitación de timbre republicano y en ciertos aspectos socialista que quiso recordar a las germanías del siglo XIX, pero que fue sofocada duramente por el gobierno.

El espectro del hambre estaba presente en la mayor parte de los hogares obreros y campesinos; los años de sequía o de langosta o de otros flagelos, daban en Andalucía una copiosa cosecha para los cementerios. De ahí el hambre de tierra, el sueño del reparto social abriéndose camino. Surgió en el campo del pensamiento y en el de los hechos el deseo de una reforma agraria que desvinculase la tierra de castas, iglesias, conventos, municipios, mayorazgos. Las Cortes de Cádiz, como recordábamos, no quisieron quedar muy por detrás de José Bonaparte, que nacionalizó los bienes eclesiásticos y conventuales. Fernando VII paralizó esa corriente justiciera, pero los campesinos, que habían dado su sangre en la lucha contra los franceses, soñaban con el reparto de las tierras de los ricos, de los afrancesados, de los latifundistas.

familias ilustres «inútiles para el servicio de las armas e ineptas para la agricultura, comercio y artes»; en el segundo folleto se impugnaba a los propietarios territoriales porque se habían apoderado de las tierras que Dios creó para el disfrute de todos, y no reservaban a los campesinos más que el suelo para la sepultura (1).

En los periodos de predominio liberal, doceañista, hubo ocupaciones espontáneas de tierra por campesinos que no disponían de ellas y que se juzgaban con derecho a ellas, rotura de montes y baldíos. En 1834, un gobierno de orientación liberal tuvo que decretar la legalización de esos actos, comprometiéndose los ocupantes a pagar un canon perpetuo equivalente a la renta anual de los cinco años anteriores a la ocupación. Otro decreto de 1837 confirmó la posesión de los ocupantes de tierras que hubiesen mejorado las fincas con plantaciones de árboles y viñedos. Esos decretos, que aprueban finalmente la acción popular directa, muestran que las ocupaciones de tierras baldías o abandonadas, de propios, etc., ha debido alcanzar cierta extensión.

En Cádiz se publicó en 1822 un periódico republicano y de matiz

(1) «Historia social y económica de España y América», publicada bajo la dirección de Jaime Vicens Vives, vol. IV, t. II, página 86.

social titulado «El Eco de Padilla», pero el decenio que sigue a la restauración del absolutismo en 1823 fue sofocante; las ideas republicanas, lo mismo de las tendencias liberales en general, fueron sofocadas a sangre y fuego. El pueblo obrero y campesino había sido y era un factor coadyuvante y a veces decisivo en las conspiraciones y luchas, pero sólo como fuerza material, como impulso incontentible, como mero apoyo para el triunfo de los gestores e inspiradores de esos movimientos. Se acudía al pueblo para conquistar su brazo y su adhesión momentánea en nombre de ideas generosas y humanitarias y se procuró atraerlo así a las logias masónicas, a los clubes, a las sociedades patrióticas. Desde la guerra de la independencia, el pueblo español estuvo presente en todo intento progresivo y ha derramado sangre por toda causa liberal.

El Empecinado, Riego y Torrijos

Un caso representativo del nivel de infamia a que había llegado el absolutismo de los Borbones fue el ajusticiamiento de Juan Martín Díaz, «El Empecinado», un labrador de Castrillo del Duero, Valladolid, nacido en 1775. Con un par de campesinos inició la lucha contra las tropas napoleónicas y llegó a infundir el terror en las aguerridas formaciones militares francesas, un héroe de la envergadura de aquéllos que figuran en los viejos cantares de gesta. Fernando VII le debió a él, como a muchos otros héroes del pueblo, la vuelta al trono. El Empecinado hizo de la Constitución de 1812 su bandera y cuando fue pisoteada y dejada fuera de vigor por el Desdado, pidió cortésmente en una exposición al rey que la restableciese. Por ese delito fue desterrado a Madrid; secundó luego la sublevación de Riego en 1820 y cuando entraron en España los Cien mil hijos de San Luis para apoyar el absolutismo fernandino, se refugió en Portugal. Pero no se resignó a la emigración y optó por volver a España, dispuesto a admitir que se le fijara lugar de residencia; al llegar a Roa fue detenido por el corregidor de la villa, encerrado en un calabozo, expuesto luego al público en una jaula, injuriado o ultrajado por los realistas. Procesado por traidor, fue condenado a morir en la horca; antes de subir al cadalso, rompió las esposas y arrebató la espada al jefe de la escolta que lo conducía y combatió como un león contra los verdugos hasta caer muerto a tiros y bayonetazos; a la horca no llevaron más que un cadáver, en el que se cebaron sádicamente los vencedores del momento.

La ejecución de Riego, conducido al patíbulo el 7 de noviembre de 1823 en Madrid, en medio de

EN TORNO A PIO BAROJA

Lo real y lo pintado

Al hablar de lo real y de lo pintado, quiero dar a entender, como es fácil entender, que trataré de poner en evidencia los elementos *vividos* de la novelita que nos ocupa, a fin de distinguirlos de lo que podemos considerar como puramente *imaginativo*, aunque tenga visos de realidad.

En efecto, Baroja mismo nos dice: «De chico, yo era un tanto bruto y reñidor. El primer día que fui a un colegio, de Pamplona, salí desafiado con un muchacho de mi edad y nos pegamos en la calle, hasta que un zapatero nos separó a correazos y a puntapiés» (*Juventud, egolatria*, pág. 93).

Esta pelea infantil es, a lo que se me entiende, el germen, tal vez origen indiscutible de *Zalacáin, el aventurero*. No sé si la razón me asiste, pero indico el hecho.

Trátase, pues, de Baroja, de carne y hueso que, si no fué *Zalacáin*, como él hubiera deseado serlo, llegó a meterse en su pellejo en alas de la imaginación y vivir su propia vida.

La riña con el rico Ohando no es invención novelesca, sino elemento necesario del relato barojiano. La entrada en escena del joven Ohando, enemigo declarado de *Zalacáin*, como dicho queda, sería fatal para nuestro héroe. En efecto, Ohando, como hemos observado, no mata a *Zalacáin* por su propia mano, sino por persona fiel a la causa carlista. Este hecho, así como otros más o menos



picarescos del comienzo de la novela (Tellagorri y la taberna de Arcale, las lecciones que recibe el protagonista, etc.), pueden considerarse como *reales*, es decir, *vividos*.

En cambio, los episodios de la guerra carlista —cabe preguntarse

la obra no sufriría menoscabo. Tal vez se convirtiese en *novela corta*, pero su valor intrínseco no disminuiría.

La fuga de *Zalacáin* con su novia y la superiora del convento, puede tener asomos de realidad, pues que se trata de un espíritu

por J. Chicharro de León

si hubo realmente guerra—, la herida de *Zalacáin*, los cuidados que le prodiga la Srta. de Briones, salvada por él, y la estancia, un tanto prolongada e injustificada, en compañía de Linda, la artista de circo, son estrictamente novelescos. Si se quitaran del conjunto,

aventurero, pero tengo para mí que tal episodio, no es otra cosa que digresión y entra de lleno en el dominio del folletín. Esas andanzas traen a nuestra memoria, mal que nos pese, las correrías de Lagardère y de otros héroes de novelas por entregas.

Páginas de la historia del Movimiento obrero español

un populacho amaestrado que gritaba, alentado por frailes del Ángel Exterminador: «¡Vivan las cadenas!», es otro caso típico de la Historia de vergüenza y de depravación.

En un pueblo sensible e imaginativo como el español no podían dejar de influir hechos como el de José María Torrijos, militar liberal, nacido en 1791. Luchó contra la ocupación napoleónica y en 1817 fué encarcelado por sus ideas contrarias al absolutismo fernandino, lo que no le impidió trabajar desde la cárcel en favor del pronunciamiento de Riego en 1820. Triunfante éste, Torrijos desempeñó un cargo militar importante en Valencia y a comienzos de 1823 fué designado ministro de la guerra; la restauración del absolutismo le obligó a tomar el camino del destierro. Vivió un tiempo en Inglaterra haciendo traducciones para libreros de América del Sur, viajó por aquellos países, siempre fiel a la idea de la lucha contra Fernando VII. Alentado por el triunfo de las jornadas de julio de 1830, se esta-

bleció en Gibraltar y realizó desde allí dos tentativas revolucionarias, la primera el 29 de enero de 1831, cuando desembarcó en la playa de Algeciras con un grupo de amigos y tuvo que retirarse después de un combate encarnizado en que murieron varios de sus compañeros. Volvió a la carga a comienzos de diciembre del mismo año, con 60 liberales entusiastas. Esta vez cayó en una celada; un agente de «El Ángel Exterminador» logró ganar su confianza y le hizo creer que el general González Moreno, que después pasó al carlismo y murió asesinado por sus correligionarios, se pronunciaría a su llegada. Cañoneado por la escuadra borbónica que descubrió la expedición, tuvo que desembarcar en Fuengirola; allí advirtió la traición, al ser cercado por las tropas gubernamentales; luchó durante cinco días bravamente y tuvo que rendirse al agotarse los víveres y las municiones. Los 54 supervivientes fueron conducidos a Málaga y por orden de Fernando VII ejecutados el 11 de diciembre. El comportamiento

sereno de Torrijos y los suyos ante la ejecución inspiró obras de arte inolvidables a pintores y escultores y ese sacrificio fué como un acicate más en la conciencia de los enemigos del absolutismo.

En 1831 estuvo una temporada en la cárcel el gran orador parlamentario Salustiano Olózaga; vecino suyo en la prisión estaba un tal Bringas, a quien para arrancarle confesiones le introdujeron cuñas agudas entre las uñas y las yemas de los dedos. Contó de paso ese hecho en el Ateneo de Madrid, en 1886, don Gumersindo de Azcárate.

En 1835-36 vuelve a manifestarse el espíritu liberal con renovado vigor; vuelve a levantar la cabeza en Cataluña con ayuda de las masas obreras. Las protestas e insurrecciones que se producen en Barcelona por aquellos años tienen en gran parte carácter republicano y federal; Xaudaró y Fábregas, fusilado el 5 de mayo de 1830 por el barón de Mier, era republicano federal.

Diego A. de Santillán

Zalacáin no era carlista. El espíritu retrógrado y cerril, que animaba a los curacos partidarios de Don Carlos, no podía satisfacer a nuestro héroe. Por eso puede escribir Baroja:

«Martín *Zalacáin* comenzaba a impregnarse del liberalismo francés y a encontrar atrasados y fanáticos a sus paisanos» (*Austral*, 51).

Sin embargo, como sus dotes de estratega no iban lejos, creía nuestro aventurero que «Don Carlos, en el instante que iniciase la guerra, conseguiría la victoria» (*Ibidem*, 51).

Se trata de error de visión, pese a las creencias ancestrales vascas. En efecto, «los vascos —nos dice Baroja— siguiendo las tendencias de su raza, marchaban a defender lo viejo contra lo nuevo. Así habían peleado en la antigüedad contra el romano, contra el goda, contra el árabe, contra el castellano, siempre a favor de la costumbre vieja y en contra de la idea nueva» (*Ibidem*, 56).

El diálogo entre dos hombres de acción, Capistun y *Zalacáin*, es en extremo sabroso, aunque pertenezca a lo novelesco. Por eso no dejaré de citarlo. Creo, además que, en este caso, *Zalacáin* es digno representante de las ideas barojianas. Helo aquí:

«*Zalacáin* se sentía muy español y dijo que los franceses eran unos cochinos, porque debían hacer la guerra en su tierra, si querían».

«Capistun, como buen republicano, afirmó que la guerra en todas partes era una barbaridad».

«Paz, paz, es lo que se necesita, añadió el gascón; paz para poder trabajar y vivir».

«¡Ah, la paz! replicó Martín contradiciéndole; es mejor la guerra».

«No, no, —repuso Capistun—. La guerra es la barbarie, nada más».

«¡Qué barbarie! —exclamó Martín—. ¿Se ha de estar siempre hecho un esclavo, sembrando patatas o cuidando cerdos? Prefiero la guerra».

«Y ¿por qué prefieres la guerra? Para robar».

«No hables, Capistun, que eres comerciante».

«¿Y qué?»

«Que tú y yo robamos con el libro de cuentas. Entre robar en el camino y robar con el libro de cuentas, prefiero a los que roban en el camino» (*Ibidem*, 57-58).

La nota humorística sale una vez más a flote, mas no insistamos. Lo haremos en capítulo posterior. Notemos, sin embargo, que la idea del hombre fuerte, del superhombre, del ser capaz de hacer frente a los obstáculos, tan del gusto de Baroja, se hace realidad en los dichos de *Zalacáin*.

Observemos además, que ese diálogo, tan elocuente, queda cor-

EN TORNO A PIO BAROJA

tado de repente, porque el autor, incapaz de contenerse durante largo tiempo, se cree obligado a echar su cuarto a espadas y reducir al mutismo a sus personajes. En efecto, Baroja nos va a decir que, «ambos guardaban en el fondo de su alma un sueño cándido y heroico, infantil y brutal... Se veían viviendo siempre en acecho, atacando, huyendo, escondiéndose entre las matas, incendiando el caserío enemigo... Entrar en las aldeas a caballo, la boina sobre los ojos, el sable al cinto... plantar la bandera entre las balas que silban... robar en los Ayuntamientos... acechar y escapar por los senderos húmedos y dormir en una cama de hierba seca... Todo ello, después de haberse dado el gusto de bailar hasta caer rendidos con las mozas de los pueblos conquistados (*Ibidem*, 57).

En suma, sueños de juventud que, con frecuencia, responden a una realidad indiscutible. Se siente el placer de la lucha en tanto se vence; pero llega el descorazonamiento, el desánimo total en cuanto se es víctima de la primera derrota. Los sueños, sueños son y, para luchar, hay que tener los ojos bien abiertos y aguzar todos los sentidos.

Sabido es que los artistas, conducidos por curacos escopeteros, no eran indulgentes, sino verdaderos tigres, ávidos de destrucción, inhumanos como bestias feroces. Los castigos que imponían eran brutales, inmisericordes.

Cuando Zalacain encuentra a algunos carlistas, que habían hecho varios prisioneros, les pregunta: «¿Qué es lo que han hecho? Que son traidores... El uno era maestro de escuela y el otro un ex partidario de la guerrilla del Cura.» (*Ibidem*, 62.)

Después de esto, atan a las víctimas y las apalean sobre las espaldas desnudas, como el verdugo del Chatelet, de París, hiciera con Quasimodo, de *Nuestra Señora de París*, de Victor Hugo.

Baroja, a diferencia de Valle Inclán, creador artístico, no idealiza al Cura, sino que nos dice que «aquel hombre tenía algo de esa personalidad enigmática de los seres sanguinarios, de los asesinos y de los verdugos; su fama de cruel y de bárbaro se extendía por toda España» (*Ibidem*, 65).

Todo cuanto afirma nuestro autor es real, aunque lo novelesco venga, de cuando en cuando, a hacer acto de presencia. Ya lo veremos más detenidamente, en capítulo aparte, al hablar de las guerras carlistas.

Veo, sin embargo, en Zalacain ciertos vislumbres de lo que será Paradox, de quien he hablado ya largo y tendido en estas mismas columnas. En efecto, si *Silvestre* —tal es el nombre de Paradox— no significa sino *selvático*, hombre natural, que odia a la sociedad

constituida, Zalacain, sin que le duelan prendas, nos va a decir: «Mi país es el monte» (*Ibidem*, 101).

Observemos que esta salida barojiana sirve de respuesta a los dichos de un extranjero, que afirma: «Juego de campanas, carlismo y jota. ¡Qué español es esto, mi querido Martín!» (*Ibidem*, 101). Lo real y lo novelesco se mezclan, a veces, tan íntimamente que no es cosa fácil establecer una separación estricta.

Zalacain sirve más tarde de guía a las tropas regulares y, en el monte Aquelarre, dan éstas batalla a los carlistas, que quedan deshechos. Al fin, para que la tradición se cumpla, nuestro héroe pasa a Francia, donde debe morir, víctima de la venganza de un Ohando, como su antepasado.

La novelita barojiana, que se lee sin fatiga, de un tirón, acaba por nota poética indiscutible, que el Sr. Madariaga no se digna recoger: se trata del último elemento novelesco de la obra que estudiamos. Dice Baroja: «Una tarde de verano, muchos, muchos años después de la guerra, se vió entrar en el mismo día en el cementerio de Zaro a tres viejecitas, vestidas de luto».

Una de ellas era Linda; se acercó al sepulcro de Zalacain y dejó sobre él una rosa negra; la otra era la señorita de Briones, y puso una rosa roja. Catalina —su esposa—, que iba todos los días al cementerio, vió las dos rosas en la lápida de su marido y las respetó, y depositó junto a ellas una rosa blanca.

Y las tres rosas duraron mucho tiempo lozanas sobre la tumba de Zalacain» (*Ibidem*, 153).

He aquí un madrigal digno del más delicado poeta. Acerquémonos ahora a los personajes barojianos.

Los personajes

Dice Maine de Birán, no sé dónde: «Soy en absoluto *pasivo* en mis sentimientos; soy casi siempre lo que no quisiera ser y casi nunca tal y como aspiro a ser». Estas palabras vienen como anillo al dedo a Baroja. Quiere ser hombre de acción, pero esa actividad, con frecuencia creadora, no reside en él, que es hombre sedentario, sino que la concentra en sus personajes.

Aviraneta es hombre de acción y Zalacain es la actividad personificada, esto es, lo que hubiera deseado nuestro autor, como he dicho ya, y que, en el fondo, no desdeña la vida burguesa con todas sus comodidades. Baroja, autor maduro, que escribe las «Memorias de un hombre de acción», tiene, a mi parecer, pocos puntos de contacto con el anarquista intelectual que trazó en «Aurora roja». La juventud del autor vasco y la edad madura se repugnan y hasta andan a la greña. Son dos polos opuestos, que no se atraen.

El caso no es único, ya que Azorín, el ilustrado Azorín, fundador de la revista satírica «Charivari», anarquista en potencia a su llegada a Madrid en los días de su juventud, se convierte más tarde en conservador integral al contacto de La Cierva, del que fué secretario. ¡Pobres revolucionarios!

Las ideas barojianas, justo es decirlo, son acción perpetua, pero esa actividad individual, no es cualidad suya intrínseca, sino de cada uno de los personajes que concibe y nos presenta, desde «La Busca», hasta «Las memorias de un hombre de acción», pasando por «Zalacain, el aventurero». Notemos que «Elizabide, el vagabundo», obrita bien construida, constituye también un tema lírico que lleva, a modo de aureola poética, la nota del hombre de acción.

Lo peor de todo es que, ese hombre de acción, ese ser que se cree impulsado por la acción misma, por el deseo de ser algo y llegar a algo, se siente, a veces, víctima del fracaso.

Así, Ossorio, protagonista de «Camino de perfección» — la vida es eterno camino de perfección —, nos dice por la boca del autor vasco: «Sí, — murmuró Ossorio, vagamente —. Hay algo de eso: es que soy un histérico, un degenerado» («Camino de perfección», Edit. univ., Santiago de Chile, 1946, pág. 124).

¿Qué quiere decir esto? ¿Habla Baroja en nombre propio o se limita a reproducir ideas ajenas? Ese personaje que aspira a la perfección, ¿es un sér soñado o el autor mismo? El escepticismo barojiano permite todas las hipótesis.

Digamos, no obstante, que esa misma idea se repite varias veces y llega, por así decirlo, a ser obsesión constante del autor vasco.

El hombre de acción es el hacedor de su propia vida, pese a las circunstancias y a los demás seres, es el protagonista, esto es, el autoagonista de su propia existencia, que trata de dirigir a su gusto y capricho.

En este punto, como en tantos otros, la influencia del filósofo y poeta alemán Nietzsche, es indiscutible, por no decir determinante. ¡Lástima que Baroja vea el mundo entero a través de prisma tan escéptico como pesimista!

Sin embargo, es posible que, en el fondo, tenga razón. Creo que, cuando de Baroja se habla, no hay que pensar tanto en egoísmo personal como de convicción profunda. La miseria humana, la hipocresía social, con todas sus lacras y virulencia, había dejado hondas huellas en el alma de nuestro autor durante los días en que fué médico y tuvo que recorrer los campos vascos para aliviar la miseria ajena.

En las obras de Baroja, los caracteres masculinos están mejor



dibujados que los femeninos. Esto no quiere decir que sean perfectos, ni mucho menos. Hay ciertos rasgos de los personajes que permanecen en la sombra. Sin embargo, vemos a esos seres moverse y obrar y, al contemplarlos, tenemos la impresión de que nos son conocidos, pese a ciertos tonos oscuros. Esta es la habilidad suprema de Baroja, como novelista. No describe a los personajes, como otros lo han hecho, con pelos y señales. No obstante, los reconocemos con facilidad y su manera de obrar no nos extraña. Esta es la gran virtud de Baroja: hacernos vivir con sus personajes sin describirnoslos por entero. No hay ningún autor en la literatura de nuestros días que haya logrado semejante efecto.

Estas ideas que acabamos de exponer corresponden a lo que pienso, al fondo de obrar barojiano. En efecto, él mismo nos dice: «A mí, en general, es un tipo o lugar el que me sugiere la obra. Veo un personaje extraño que me sorprende, un pueblo o una casa y siento el deseo de hablar de ellos», («Páginas escogidas», pág. 12).

Más lejos, añadirá: «Yo, como los demás escritores, en mis novelas casi siempre invento el tipo principal y copio de la realidad los secundarios» (*Ibidem*, pág. 18).

Es posible que Baroja tenga razón, pues no nos es dado dudar de su buena fe, aunque sí de su malicia. Tengo para mí que el autor vasco, *no inventa el tipo principal*, ya que se trata, en general, de él mismo, de su propio espíritu acerbo y cáustico, de Baroja escéptico y pesimista, frente a los demás personajes, que son creación original, aunque el modelo exista en la realidad.

Baroja, como ya hemos advertido, se mete en el pellejo de sus personajes y habla por boca de ellos. Tal es el caso de Silvestre Paradox («Paradox, rey», Ossorio («Camino de perfección»), Murguía («La sensualidad pervertida»), etcétera. La clave de tal procedimiento se encuentra en «Juventud, egolatría», obra amarga en su conjunto y rica en ideas. Cabe preguntarse a veces si nuestro novelista, aun hablando seriamente, no trata de tomarnos el pelo.



Aproximación a la obra de Juan Giono

y II

Psicología de la provincia

El segundo tiempo de la obra de Giono se inicia con una serie de títulos que el autor denomina «Crónicas». Conviene destacar que en esta nueva serie de narraciones sigue dominando como telón de fondo la provincia, el paisaje, el aire libre. Ninguna de las novelas de Giono tiene por escenario la ciudad, excepto «Mort d'un personnage», cuya peripecia discurre por Marsella. Pero aun en esta crónica toda la acción sucede en interiores y la ciudad apenas si aparece como vaga referencia geográfica. Giono parece ser irreductible en materia de aglomeraciones. «Siempre detesté la masa — escribe —. Me gustan los desiertos, las prisiones, los conventos. También he comprobado que hay menos imbéciles a tres mil metros de altura que al nivel del mar». Tal vez por eso, siempre que se refiere a Marsella, capital mediterránea de Provenza, es para establecer comparaciones peyorativas. Sin embargo, este enamorado de las cumbres, este incisivo detractor del mar, tradujo y explicó a Melville. Uno de sus primeros libros, de gran eficacia narrativa por cierto, fué «Nacimiento de la Odisea», en el que trazara, con fresco humor y gran inventiva, el itinerario de Ulises. Pero tal vez sea ésta su única excursión literaria por el Mediterráneo. Las «Crónicas» siguen prefiriendo el escenario más austero de la montaña, aunque no ya sólo Manosque y sus abruptos alrededores.

La primera de esas «Crónicas», «Un roi sans divertissement», es una mezcla de novela policiaca y psicológica con cierto regusto balzaciano. El drama de Langlois — el protagonista — es el de un hombre demasiado grande para su oficio y para su región. Así, paradójicamente, sus éxitos lo conducen a la acedia y al suicidio. Ni fué capaz de construirse un mundo a su medida ni de evadirse a tiempo del que lo asfixiaba. El protagonista de «Les grands chemins», sin embargo, hace alarde de una vitalidad contagiosa, casi mágica. Su alegría se extiende en torno suyo donde quiera que va. Se trata de un hombre libre que recorre los caminos trabajando a veces, vagando otras, maravillándose siempre ante el espectáculo del mundo. «Les âmes fortes» y «Le moulin de Pologne», que vinieron después, ofrecen como dato predominante de sus personajes, su energía, su dureza ante el destino. Revelan el gusto actual de Giono por ahondar más en la psicología de sus tipos y no por situarlos en un medio pintoresco. «Mort d'un personnage» es un



modelo acabado de brevedad, de sobriedad narrativa. Estas «Crónicas» asombran si se comparan con la importancia que la descripción del medio tenía en la primera de Giono. Parece mentira que aquel tumulto verbal haya podido transformarse en este profundo discurrir. Y, sin embargo, tal vez sean éstas «Crónicas» la parte más durable de la obra de este autor, su más auténtica creación, la menos sometida a la erosión de las modas literarias, la más trabajada en profundidad. Y, no obstante, la crítica francesa parece preferir, de esta segunda época, el ciclo del húsar, las aventuras de Angelo Pardi.

El húsar en los tejados

Antes de convertirse, por obra y magia de la pluma de Giono, en un arrogante coronel de húsares, Angelo Pardi fué el oscuro narrador de «Mort d'un personnage», no destinado todavía a las proezas de la época tumultuosa que culminaría en 1848. El primer esbozo de Angelo como coronel de húsares apareció en la «Nouvelle Revue Française» (julio a noviembre de 1953) bajo el simple título de «Angelo». El ciclo del húsar empieza propiamente con «Le hussard sur-le-toit» y continúa con «Le bonheur fou». Con estos dos títulos, la fama de Giono como novelista volvió a situarse en primera línea. Su resonancia fué universal e inmediatamente a su aparición en Francia hubo traducciones al inglés, al alemán, al sueco, al castellano, al finlandés. Según Marcel Arland, «Le hussard sur-le-toit» tiene, en la segunda época de Giono, la importancia que tuvo «Le chant du monde» en la primera. Se trata de una obra ambiciosa y en la que Giono debe de haber trabajado mucho. Este detalle puede apreciarse en los varios esbozos que aparecieron del personaje hasta quedar definitivamente perfilado e inscrito en un mundo fascinante y múltiple: la alta Provenza azotada por el cólera en 1830 y la Italia carbonaria y conspiradora de 1848.

Angelo es un hombre de acción según el concepto romántico más depurado, pero carece de tintes recargados o sombríos. En la acción se modela, se forma, se resuelve su personalidad. Siempre está preguntándose y respondiéndose, pero nunca trata de eludir sus impulsos. Reflexiona mientras cabalga. «Primum vivere, deinde

philosophare», parece ser su divisa. Por eso actúa y aprovecha luego sus correrías para meditar sobre los móviles de sus actos. Estos, en realidad, son una necesidad vital de su carácter exultante. Esa es la verdad que Angelo va extrayendo de las excusas que para actuar da. Por eso llega tempranamente a la conclusión de que él no juega en la revolución italiana el mismo juego que los charlatanes políticos que se mueven en los salones donde su madre, la duquesa Pardi, intriga con tanta gracia. El es un hombre de acción y se realiza cabalmente en sus actos.

Giono aprovecha los rasgos de su personaje para contrastarlos con la fatuidad y el solapado interés de los políticos que juegan a la revolución con la sangre de los otros. A veces malogra el retrato de su personaje adjudicándole ironías propias de una madurez y experiencia de la vida que son las de Giono mismo, pero no las de un húsar de veinte años, cuyos pretextos para acceder a la felicidad están dados en la pasión de actuar. Tanto mejor si es por la libertad. Este carbonario es admirable porque se entrega a su pasión con alegría, sin resentimiento alguno, purificando los móviles de la acción y siendo, a la vez, purificado por ella. Esta actitud de Angelo es la que domina íntegramente en la primera parte de la obra. «Un húsar en los tejados» es la crónica del cólera que atacó sañudamente a toda la región de Provenza en 1830 y Angelo es el héroe esforzado que la atraviesa inmaculado y arrogante como un San Jorge, prodigándose en el riesgo, en la solidaridad. Por un momento se esboza una pasión amorosa, que después Giono nos escamotea, como ha hecho siempre a lo largo de su obra, en la que los personajes femeninos apenas si son dibujados y jamás resueltos, por lo menos en el plano sentimental. Las mujeres de Giono son «caracteres», raramente amantes.

Fuga al pasado

«Le bonheur fou», segunda parte de la «Saga del húsar», ya nos entrega a un Angelo más confuso y versátil, que va perdiendo inocencia y luminosidad en la medida en que ganan espacio, en el relato, las intrigas políticas, las siluetas de personajes secundarios, las anécdotas recogidas prolijamente en la crónica antigua. Es como si el detallismo de época se tragara al personaje. Inmerso en un mundo lejano a la caza del

por Benito MILLA

dato, Giono se ha dejado arrebatado por su prestigio anoso descuidando el asunto, el personaje, la aventura. Así se aleja demasiado de Stendhal, con cuyo fabrico han emparentado algunos críticos a Angelo. En ambos personajes se dan, ciertamente, correspondencias de época, una idéntica pasión por la aventura y el peligro, un mismo gusto por el ancho espectáculo de la naturaleza. Acción, sí, pero con bellos paisajes de fondo. También el peligro es para ambos una forma — la más deseada — de la plenitud. Pero en «Le bonheur fou» la acción se desdibuja. En más de un capítulo Giono vuelve a ser víctima de la embriaguez de contar. En vez de calar a fondo en su héroe, lo exhibe. Y esa exhibición, por el contrario de Stendhal, va doblada de las más irónicas reflexiones sobre la naturaleza de la pasión. Reflexiones propias a su tiempo.

La acción de todas las novelas últimas de Giono se sitúa en un tiempo pasado, que a nada compromete. Casi todos los personajes de sus «Crónicas» ofrecen esa inevitable ambigüedad de la vida pensada y no vivida. Son como imágenes animadas de pronto por un artista de la palabra, pero carecen de eficacia comunicativa apenas deja de proyectarse sobre ellas el encanto del verbo. La «Saga del húsar» nos parece un magnífico «amusement», una diversión pacientemente construida por un nombre que tiene mucho tiempo para nurgar en viejos libros y montones de daguerreotipos. Un hombre que se divierte y nos divierte, que na dicen que «tout son plaisir est dans le temps que je perds». Pero tenemos la sensación de que los héroes que hace animar Giono en la actualidad no nos pertenecen. Por eso tal vez la clientela de sus lectores ya no se compone de jóvenes fervorosos, como en el tiempo de «Regain» y de «Le chant du monde». Siendo un escritor muy leído, carece, paradójicamente, de resonancias. O si las obtiene es, curiosamente, en virtud de sus primeros libros, porque en ellos había, no solamente una poesía de indudable fuerza comunicativa, sino un hábito de verdad que trascendía del héroe y predisponía a la emulación. Giono, equivocado o no, proponía una moral, un compromiso, un estilo de vida. Al situar deliberada y sistemáticamente su obra actual fuera de nuestro tiempo, Giono está indicando claramente la evolución final de su arte. Esa evolución señala hacia un desinterés manifiesto por el destino social, hacia una convicción de que, si bien



Raíces de poblamiento y civilizaciones del continente americano

por Fabián MORO

FUERA de la periferia de las villas mayas y aztecas o incas, los hombres que trabajan y producen llevan una vida miserable, viviendo en chozas de madera y paja, siendo su producción incontestablemente acaparada por el Estado. Toda civilización y toda cultura fueron posibles, en su creación y en su evolución merced a dos modestas manifestaciones de la actividad humana. La actividad sencilla y laboriosa del productor; sembrar y recoger. Tanto más estas dos manifestaciones se han perfeccionado, tanto más la colectividad humana se ha superado, se ha elevado, progresó. Las civilizaciones llamadas superiores han sido posibles cuando esos dos actos tuvieron los elementos auxiliares suficientemente perfeccionados para realizar cosechas abundantes del suelo generoso al que el labriego se hallaba adherido y con el cual se confundía. Sin ello, nada de eso hubiera existido. A su proceso temporal se le llama civilización agrícola. De manera que, la cul-

tura del arroz en China, la cultura del trigo en Mesopotamia y en Eg.pto, y, de igual manera, la cultura del maíz en Centroamérica y en la zona andina son la base de civilizaciones y culturas. Esos grandes momentos de la humanidad se han realizado generalmente allí donde el grano nutridor se encontraba en estado silvestre, punto geográfico probable de su origen. Alimento típico amerindio que significa en lengua indígena «nuestra vida».

Así fué cómo el cultivo del maíz permitió la creación y desarrollo de los imperios méjico-anaíns facilitando el impulso absorbente de élites guerreras que por la fuerza se imponen. El procedimiento rudimentario de tipo neolítico en el trabajo de la tierra impone y determina una como clausura étnica donde fermentan los terrores supersticiosos y las torturas sanguinarias físicas y morales adornadas con ritos y símbolos mágico-religiosos. Por esta insuficiencia industrial y técnica se produce el fenómeno de migraciones totales de naciones enteras cual la de los mayas, sometidos a ellas periódicamente a causa de haber extenuado el suelo con un cultivo monótono y sin saber enriquecer la tierra con el abono. Desconociendo el arado, el grano se plantaba con la ayuda de un bastón. De forma que a medida que la tierra se agotaba, esterilizándose, se abrían nuevos huecos claros en la selva que permitiera cultivar otros terrenos vírgenes; cuando al cabo del tiempo la producción resultaba raquítica, la colectividad entera emigraba asentándose en el territorio donde había de comenzar nuevamente. Los edificios suntuosos y los templos que proclamaban la fuerza y la coacción quedaban para siempre desiertos y solitarios, y volviendo la Naturaleza selvática por sus fueros, se asentaba a su turno en el lugar de donde había sido desalojada enterrando en su espesura la soberbia frágil inscrita sobre la piedra en filigranas lineales. Reincidentes, así los mayas, fundaban el Nuevo Imperio.

CONCLUSION

Pueblos y civilizaciones de América proceden de oleajes migratorios intermitentes que se superponen y después se fusionan. Las dos vías principales (si no exclusivas) de penetración, son las regiones subpolares árticas y el Pacífico. A los centros primarios rudimentarios de asiento suceden los capitales, que resultan epicentros de fusión y de difusión a un mis-

mo tiempo. Donde se iragua el tipo antropológico preponderante y resultante, tras un intenso cruzamiento del que prevalecen los caracteres de raíz premongólica y los rasgos característicos del medio, de civilización y de cultura, de arte y de costumbres. Esos centros capitales determinantes del tipo y del etnos peculiar a América se sitúan en sus zonas del centro y del Atlántico prevaleciendo las regiones de Méjico y arcipiélago antillano, cuyo gólo resulta algo así como un Mediterráneo americano. El tipo americano, pues, como sus manifestaciones de tono difieren en cuanto a lo fundamental de los que en los otros continentes se han fijado y establecido. La humanidad en su totalidad se entrelaza constantemente, siendo asimismo cada uno de sus grupos receptores y transmisores de influencias habiendo dependido unos de otros, habiendo todos creado todo lo que se ha creado por el hombre.

Así, las huellas de su procedencia, las raíces de su origen están inscritas en todas las manifestaciones de las sociedades humanas americanas, que ellas sean de carácter material o moral, físico o espiritual, sociológico o ritual. Aquí hemos tratado de esbozar cómo y dónde han nacido esas raíces.

Por lo demás, ya hemos visto la estructura político-económico-social del mundo americano, que sigue y calca las huellas de sus predecesores obedeciendo a una misma corriente histórica. Ella se

asienta sobre la iniquidad también, que la fuerza asegura y la ignorancia supersticiosa garantiza; en la explotación del hombre por el hombre. En el abuso y en lo arbitrario.

Ella se divide en clases: la que nada produce y todo acapara, y la que toda riqueza produce viéndose de ella privada, careciendo de todo derecho potestativo. Como en el viejo mundo, la gran mayoría de la humanidad americana es expoliada, masacrada, tiranizada, vejada, esclavizada, sometida al yugo brutal. Cuando los dos mundos y las dos humanidades se encontraron y después se entrelazaron, esa realidad dolorosa, amarga, sonrojante e indignante, continuó corregida y empeorada.

Nuevas corrientes de cultura y de civilización vendrán un día a ser realidad y práctica en la sociedad humana trastocando este absurdo que sólo tiene realidad en la especie humana. Al advenimiento de un mundo nuevo que sea mejor del que hasta ahora la humanidad ha sufrido y la Historia relata, debe encaminarse la acción y el esfuerzo de todo aquél que tiene sensibilidad y piensa noblemente.

Aproximación a la obra de Juan Giono

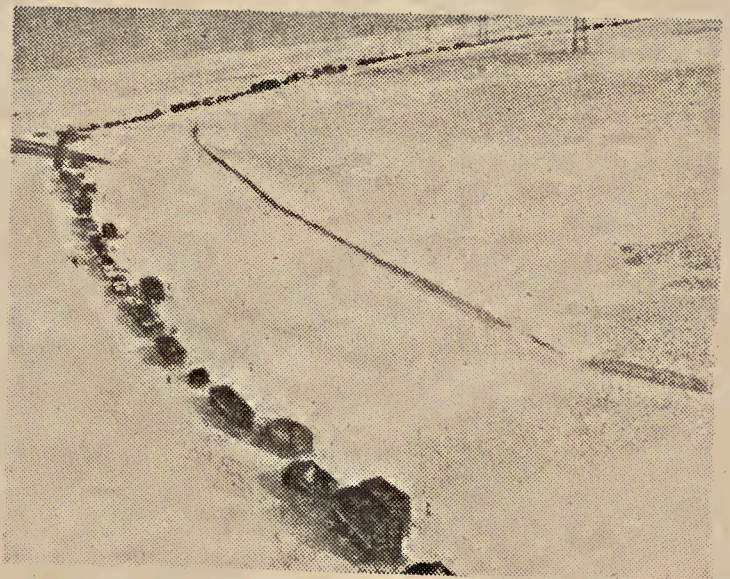
hay cosas que nos conciernen a todos, esas cosas no tienen remedio. Por eso se justifica que él haya podido exclamar sin lamentarlo mayormente: «L'époque contemporaine, je m'en fiche».

Benito Milla

Bibliografía de Juan Giono en castellano. — «Retorno», novela, traducción y prólogo de Julián Gorkin. Publicaciones Panamericanas, México, 1914. — «Batallas en la montaña», novela, traducción de Héctor P. Agosti y prólogo de Max Dichman. Editorial Rueda, Buenos Aires, 1942. — «El canto del mundo», novela, traducción de Carlos Martínez Moreno. Editorial Rueda, Buenos Aires, 1944. — «Nacimiento de la odisea», relato, traducción de J. C. Cortázar. Editorial Argos, Buenos Aires, 1946. — «Juan Azul», novela, traducción V. Piñeira y H. Rodríguez Tomeu. Editorial Argos, Buenos Aires, 1947. (Segunda edición, 1959). — «Un húsar en los tejados», novela, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1959. — «Viaje por Italia», relato, Editorial Goyanarte, Buenos Aires, 1958. — «El final del Camino», «Sembradores», teatro, traducción y prólogo de Augusto Guibourg. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1957. — «El caso Dominic», reportaje, traducción de Manuel Peyrou. Editorial Sur, Buenos Aires, 1957.



EMIGRACIONES



Conquista actual del desierto.

MAXIMO GORKI

ENSAYO BIOGRAFICO



Influencias sociales y políticas en la obra gorkiana

El estudio global de las obras de Gorki implica el conocimiento de su vida, el rastreo de su militancia y de las influencias sociales y políticas del periodo tumultuoso de la incuación revolucionaria, que operaron dinámicamente sobre su sensibilidad de artista.

Como en un bloque mármoleo plasmado en escorzo viril, tal el Herakles de Bourdelle, está presente la fuerza de su creatividad, que sólo el artista consustanciado con el anhelo afirmativo de un pueblo en marcha, que gesta su porvenir en las propias entrañas de su historia, podría plasmar de modo tan vital. El artista nacido del corazón mismo del pueblo recibía la linfa vigorosa de una nueva vida.

El crítico soviético Y. Noussinov dice: «Gorki comenzó a escribir cuando en Rusia se delineaba por primera vez un movimiento revolucionario, proletario de masas». O sea el año de 1892. Las influencias sociales directas, digamos experimentales, expuestas someramente serían: su perfecto conocimiento de la psicología del mujik, el indio de Rusia, que diría Anatole France. Este trotamundos de todos los caminos de la Santa Rusia, conocía como ningún escritor coterráneo, todos los repliegues de la tierra eslava, deambulaba de aldea en aldea, de «itsba» en «itsba» y con mirada zahori de vagabundo inteligente iba escarbando en los oscuros entresijos de la psicología campesina, aquello que Yung llama *el intransferible*, y cargado de esta experiencia, de esta rica cosecha popular, pudo escribir páginas de sorprendente realismo. Como un resumen de sus experiencias sintetizó en forma lapidaria su concepto del campesino: «El individualismo del intelectual del siglo XX, difiere del individualismo del campesino solamente en las formas de expresión: es más florido, más educado, pero tan animal y ciego». También es de Gorki el siguiente diagnóstico: «El campesi-

no no es más que un burgués al que sólo le falta hervir en la olla del capitalismo.»

Ese mismo anhelo de vagabundaje le hizo rozar desde su juventud, el mundo tenebroso del hampa, la trágica vida de la golfería de los arrabales citadinos y de los puertos cosmopolitas, con la canalla que hurgoneaba en la periferia de las ciudades populosas elegantemente podridas. En las ciudades rusas prendía fácilmente la agitación motinesca; los partidarios del célebre anarquista Bakunin (tipo macizo, de barbas y cabellera revueltas y voz fuerte) predicaban la *acción directa* y argumentaban de esta guisa: «Ya que el pueblo es práctico y no puede extraer sus ideas revolucionarias más que de la realidad económica circundante», cuyo modelo arquetipo debía ser el inconformista audaz y temerario. En tal sentido el dirigente, el caudillo de la rebelión social debía ser el «lumpen-proletaria», fuerza motriz de la revolución, que debía terminar «con el dios en el cielo y los amos en la tierra». El autor de «La miseria de la filosofía» ca-

ideológica de la pequeña burguesía intelectual y superestimaba el elemento campesino en las luchas de masas, aunque, como hemos anotado, con las reservas que tenía sobre los campesinos. Los intelectuales rusos tenían de antecedente a Chernikowsky, el celeberrimo autor de «¿Qué hacer?», uno de los grandes utopistas socialistas, que, como anota Plejanov, era de esta tendencia.

Con la rápida industrialización del país, durante la última década del siglo XIX, también insurgieron los partidos auténticamente proletarios. El marxismo penetra en los centros urbanos con la formación del partido Emancipación del Trabajo, cuyo líder conspicuo fué Jorge Plejanov, del cual dice Lenin: «Lo que Plejanov ha escrito sobre filosofía es lo mejor que existe en esta materia en toda la literatura marxista internacional». Plejanov, posteriormente, es el organizador del Partido Obrero Social Demócrata Ruso y su fuerza de doctrinario de primera línea debió probar en su lucha contra el marxismo legal a lo Piotr Strube «que en vez de

esta época data la epopeya proletaria gorkiana «La Madre», que trasunta la experiencia de los primeros mártires proletarios que comprendieron que «cuando la idea se apodera de las masas se convierte en fuerza.» Otro ingrediente de carácter subjetivo, que encontramos en la obra de Gorki, que es algo así como el compendio emocionado de su filosofía humanista, es el *hombre*.

¿Pero qué significa abstractamente, el hombre? «El hombre no es un sér abstracto, fuera del mundo. El hombre es el mundo del hombre, el Estado, la sociedad», se lee en «La Sagrada Familia» (Marx). Gorki, en su novela «Nacimiento del Hombre», escribe: «¿Qué mejor oficio que el de ser hombre sobre la tierra?». Este presunto humanismo indeterminado por carecer de contenido clasista, es el rezago de su ideología anarquista de su primera época, pero el hombre gorkiano, conocida su ahincada simpatía, no puede ser sino el «bosíak», el desarraigado, el vagabundo rebelde. «Es muy agradable descender a los antros de las ciudades — escribe en sus «Confesiones» — donde todo está corrompido y sucio, no lo niego, pero donde todo también es sincero y sencillo. Y mejor aún, lanzarse a los caminos donde se descubren cosas dignas de atención. Esto refresca el alma, y para realizarlo, bastan unas botas de suela gruesa.»

Al seguir a Gorki en los diferentes estadios de su vida, constatamos que cada uno de esos estadios es una rotunda superación ideológica y también se aguza su sentido crítico, puesto que registra en forma plástica y palpitante como ningún otro intelectual contemporáneo suyo, los tanteos de organización de las masas ansiosas de sacudir el yugo de la opresión y que se aprestan, con clara conciencia de sus fines, a una lucha sin igual en la historia del mundo. «La gran fiesta de los explotados» se avecinaba, y Gorki, en calidad de actor y expectador de excepción, lúcido y enardecido, vió nacer un mundo de entre los escombros del antiguo régimen.

El ritmo de la obra gorkiana es, pues, la invitata protesta contra una sociedad basada en el poder económico y chapada presuntamente de culta. «Yo nací— anota en su biografía—, yo me eduqué lejos de la sociedad y por eso no soy capaz de absorber a grandes dosis la cultura, sin sentir la necesidad imperiosa de librarme». Escribe Iván Bunin lo siguiente con respecto a Gorki: «El rasgo característico de este hombre era su culto por la literatura y la cultura, de esa que había dado a Puchskin y Tolstoy, a los cuales el zarismo había puesto en aprietos y miserias.» ¿A qué cultura se refería entonces a Gorki,

por Román SAAVEDRA

racteriza al «lumpen» como «a un producto pasivo de la descomposición del régimen capitalista». Gorki, de su convivencia con estos elementos sociales, extrajo el argumento de sus narraciones acedias, biografías de los vagabundos y rebeldes poseídos de un fervor mesiánico, que llenaban las ciudades y los caminos, siempre despreciando el trabajo organizado de las fábricas y de los talleres. Sus componentes sociales eran, pues, artesanos aplastados por el rodillo capitalista, campesinos cretinizados por el trabajo esclavizante y el «vodka»; creados en un ambiente de sadismo continuo; nobles tronados convertidos en filósofos escépticos, militares desesperados y fatuos, prostitutas, en fin toda esa carnaza «desclasada». Gorki, empero, temperamentalmente no era el anarquista de la acción directa, su corazón rebosaba ternura viril por todos los hombres caídos en la angustia y sus odios no los dirigía sino a la clase causante de este mundo del hambre y de la miseria. El hombre espigado, de rubia barbilla nazarena, de ojos azules, profundos y de miradas que tenía a ras el alma, tal como era Gorki por entonces, hubiera sido incapaz de arrojar una bomba ante un ministro tripudo como ciertos personajes de Andreiev, y los grupos terroristas que sembraron el pánico entre los gobernantes zaristas.

Otra influencia social-política que dejó su huella en la obra gorkiana es el movimiento llamado «socialismo populista», que teóricamente cimentaba la dirección

preconizar la lucha revolucionaria contra el régimen capitalista, invitaba a los obreros «a reconocer nuestra incultura y aprender del capitalismo» y contra los intelectuales burgueses y pequeño burgueses «que aprovechaban, con especial habilidad, la fraseología marxista para disfrazar sus propias concepciones de clase» (Popof).

En 1897 aparece la revista «Novo Slova» (La Nueva Palabra), en la que colaboran asiduamente Gorki, Plejanov, Vera Zazulich, Lenin, Tugán Baronowsky y otros. Gorki, ya enrolado en las filas de los luchadores debía reflejar apasionada e intensamente las fuerzas sociales que habían pasado de la labor de círculos de agitación a un movimiento de masas. Delinea acertadamente el historiador Popof esta época en el siguiente acápite: «Los años de 1890 a 1900 marcan una época de trascendental importancia en la historia de Rusia. Su rasgo más característico es el ritmo del desarrollo del capitalismo, sin precedentes hasta aquella época, en que se modificaron profundamente no sólo la estructura económica de nuestro país sino que también todos los dominios de la vida social, comenzando a enrolar definitivamente a Rusia en la órbita del sistema capitalista de la economía mundial. No es una casualidad que también en la literatura rusa de aquella época, sobre todo en las obras de Gorki, apareciese en forma categórica la ciudad capitalista, con todos los rasgos que le son inherentes». De

MAXIMO GORKI

al decir que no podía absorber a grandes dosis? A aquélla que se exhibe en los anaqueles de los centros académicos en donde las ideas se disecan, se fichan, se catalogan al sabor de la clase explotadora para glorificar sus atrociosos seculares, a aquéllas impartidas en las historias, que han deformado monstruosamente los hechos de acuerdo a los intereses de la clase dominante. Pero Gorki estudia, escudriña entrañablemente la cultura forjada por el pueblo en sus propias entrañas doloridas a través de sus luchas por conquistar una vida mejor; es que creó los maravillosos cantos populares; la que el pueblo sencillo derrama por todos sus poros emocionales; la que siempre está implícita en las creaciones auténticas de los artifices meulares, esa cultura que palpita en las obras geniales que tienen el frescor eterno de la emoción popular, que no han perdido su sentido humanista y es tal su enraizamiento vital con el pueblo que les ha dado origen, que representan el florecimiento y la capacidad creadora de este. Para Gorki no podía ser cultura la opresión de los terratenientes unida a la explotación capitalista; que destruía las bases mismas de la vida rural, trayendo una ruina sin precedentes de los pequeños campesinos, hermanando la miseria, el hambre, la prostitución, la sífilis, en fin, todos los azotes de la «época de la acumulación primitiva, agravada al centésimo en la tierra rusa por la implantación de los modernos métodos de pillaje elaborados por el señor Cupón.» («Notas sobre Tolstoy», por Lenin).

Las siguientes frases de Alvarez del Vayo son ciertamente aplicables a Máximo Gorki: «Que desprecia el narcisismo literario y esa gloria a la vez trivial y trágica del escritor condenado por su propia vanidad a ser objeto de adoración y adorno espiritual de las gentes menos espirituales de su época.» Pero el desprecio y la condenación implican al mismo tiempo la demolición de los aspectos nocivos y negativos de la cultura capitalista y su reemplazo con formas superadas, que den sentido a la vida y orienten la cultura nueva en plena gestación. Por esto Gorki hace su enardecida profesión de fe con las siguientes palabras: «Debemos considerarnos todos como Arquímedes rojos del proletariado del mundo entero. Todos, trabajadores de los campos y de las fábricas, trabajadores armados del fusil o de la pluma, nos hallamos en plena batalla desde hace años.» Mas, no sólo se trata de hacer declaraciones vibrantes, sino de unir la teoría con la acción. Gorki, intelectual responsable y consciente de su misión social respaldaba sus palabras con los hechos y por esto, precisamente, fué perseguido y encarcelado por los cancerberos de la cultura oficial zarista.

Arte y Artistas



NO comentamos la 'Exposición Nacional de Arte este año, trasladada a Barcelona con el fin de sobrecargar el programa de «concesiones» hechas a la capital por esa cosa inmoral e inestética conocida por «franquismo». Entendemos que cuanto lleve el sello de esa dependencia de la Falange, llamada Educación y Descanso, no hay que pintarlo, cincelarlo, bailararlo o representarlo. Mejor «cerar tienda» que darle notoriedad artística al régimen.

Sin embargo, ahí van unas rápidas concreciones: Sobre 900 obras expuestas, la minoría inéditas, la mayoría buenas para el comedor de la familia de cada artista en ciernes o en precoz declive. El medalleo ha sido intenso y los «lunches» copiosos. Y cerramos puerta para no coger espuela.

Juan Escayola se expresa en Sala Busquets con insistencia de «guachas» ondulando tierras y aguas, apegándose a las naturas terrícolas y marítimas, cuyos inconvenientes ataca con agudeza y cuyas «invisibilidades» descubre sagazmente. La técnica oficial no parece preocuparle mucho, con siderándose fuerte en la propia. Fortuna suya: saber introducir inmediatamente al visitante en sus calles, sus afueras, sus ambientes azul-yodoríficos.

En Grifé & Escoda, José Pérez Gil arrebató la luz levantina para mostrarla en plasmaciones. Su matiz sobresaliente es el academicismo; por tanto, pinta directo y cara al logro verdad del objeto. Su preocupación parece ser Alicante, con la gloria ambiental que lo rodea. No se alude al hormigueo humano, sino a la fuerza amable y artística de aquella naturaleza levantina. Aficionado a las fuertes claridades, a la sal de Torre Vieja le saca un brillo cegador y al común de las olas un azul intenso estableciendo contraste con los blanquísimos rizos hirientes de aquéllas. Hay que ser Pérez Gil para no caer en la vulgaridad de unos temas que tantos pintores han adocenado.

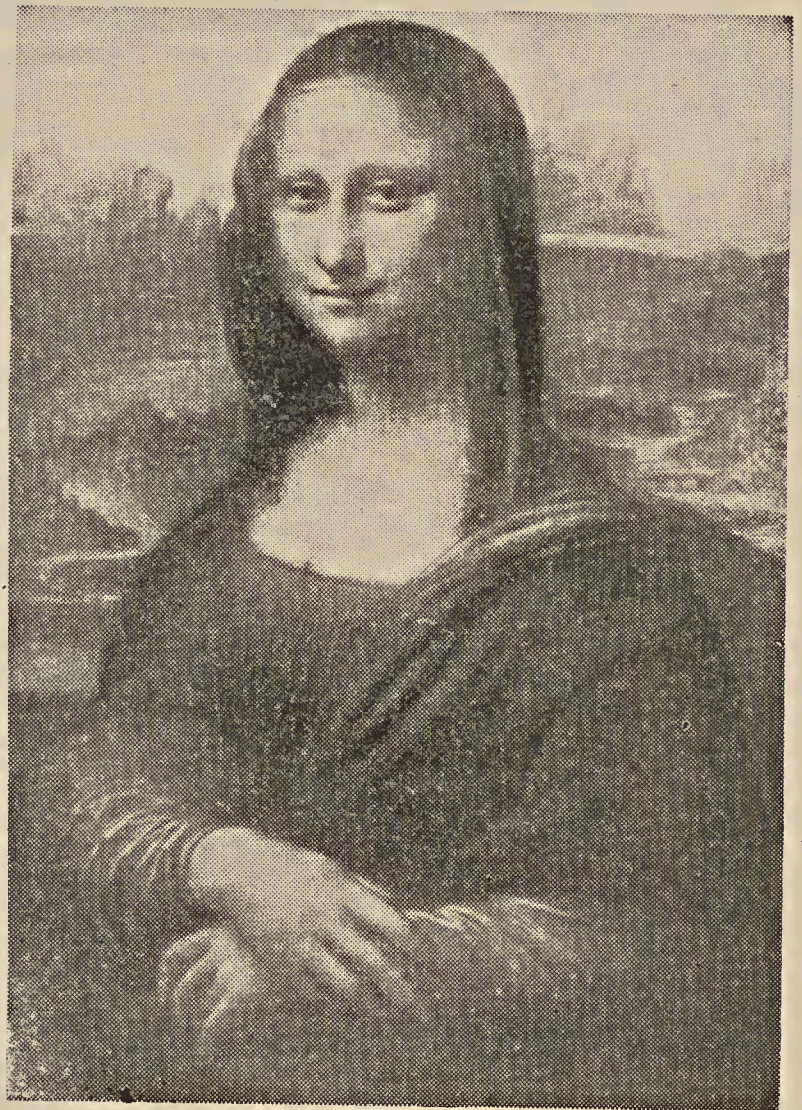
Un francés ha sentado sus reales — por corto tiempo, por supuesto — en Galerías Españolas. Se trata de Arvaud, poseedor de cualitativas y variadas interpretaciones que le permiten enfocar los sujetos con distinta técnica, consiguiendo efectos dispares que a simple vista no dan unidad al conjunto de la obra presentada. Su flaco es la captación de París en todos sus aspectos, con cambios de ángulos y luces, las que

trata excelentemente cuando las refleja en grises delicados. Las calles de «barrio antiguo» las ofece en piña de casas en mutuo apoyo, elevándose hacia un techo de estrellas en estrecheces de fachada y tortura de líneas. Un París íntimo y arrollado, más «museo de la Revolución» que propio para la ciudadanía del siglo. Aceptamos de Arvaud su fuerza decorativa.

Angelina Alós expone sus «tiesos» en Galería Jaimes, en realidad cerámica de buen ver y huylene de las «terricerías» para cocina a que nos tiene acostumbrados de la avalancha de ceramistas de «bóvila». Angelina tiene concepción y dominio para soluciones atrevidas... y conocimiento del horno, ese infierno pululado por diablillos descomponedores del acierto. En su arrebató artístico llega a la consecución del gris

(logrado a fuego viril) y a la vitrificación de arcillas cuyo secreto ella detenta, alcanzando con sus arduos y maestrías cualidad y cantidad de piezas para innumerables aplicaciones (jarros, platos, orzas, «escudelles», losetas, azulejos y múltiple ladrillería esmaltada en variados colores apta para relieves arquitectónicos).

Sala Vayreda, con pinturas de José Saez. Fuerte trazo, como de tallista en madera. Es, su idea, casi explosiva, más en lineado que en luces, atacadas al negro de entraña, que en ocasiones suaviza hasta el logro de un gris señor de la obra. Rasgos agitados por una contradicción de matices en la que danzan el violeta, el rosa, el amarillo, el rojo violento, determinando la conclusión de una anarquía artística a la que cada cual aplica su preferencia. — C. Barcelona.



Arte eterno: La Gioconda.

«ALMAS MUERTAS» de Gogol



por Angel SAMBLANCAT

EN este documental nicolaíta, más que libro, hace su autor o repórter la denuncia al mundo civilizado, y nos aporta el testimonio del genocidio que comete la dictadura tártaro-cosaca de los Romanov; regresando a Rusia a Rurik, como hoy Franco a España al arqueolítico y a Neanderthal; hechas esta y aquella nación un chongo o roscon de abono orgánico y un restorán de noctilucas necrófagas. La visión de Ezequiel en uno y otro paisaje, no puede ser más

cordiprendente y psique-opresora. Los desfiles de carroñeros comendadores, con el barril de huesos al hombro, mientras hallan hoyancho en que tirarse de cabeza, ellos y la carga, estupeface a un mojón; viendo cómo le bolsean al mujik el último kopek, y encuentran a zancarronazos a quien nos viste a todos. ¡Pobre «pelau» como huevo! En ambos telonajes de

farandular restalla en la chola del público papamoscas, la trica de los mamacuchis hereditarios (grandes duques allá, gigantes vejigos aquí) reventando la letra mayúscula a la minúscula, como si fuera landre entre uñeros ajusticiada. La gloria del oficial de la guardia de Tsarkoieselo, Kopeikin, ficha de cabaret y de salón, gozque de Virubovas y Kareninas, siempre aparejando con mulero sobre ballestas; se cifra en dar el asalto (sin máscara) en una soaré de presentación en sociedad de la quinceañera Machka, de almendrados ojos, para llevarse flechada la chica, a folgársela, al bosque de Perepéndov; en irrumpir en el baile de una boda de aldeanos en Zadirailovo, y raptarse la novia sudando pez, previo dejar al novio descangallado de una patiza; en intrudirse en el festival de despedida de soltera de la chamaca Alexeia Stepanovna, en plaza Perspectiva de Newski, y adelantar los acontecimientos, saliendo de la reunión para un «meublé» con la cria en brazos; en llevar, finalmente, en la punta de la espada, las fuentes de guisados, sin derramar una gota de unto, en las merendolas y hartazgos de culeras de gallina, a que se auto-invita el prestidígito en lo de Miliutinski. El torbellino de los rufos aires uralios, gira de ese desbarrancado modo, en el circo o potrero de caballos y caballas zarresco. El presidente de la corte penal o audiencia civil de Kersón no teniendo apelaciones y ahorcamientos que tarifar, se vende el palacio de Justicia.

Un comisario de policía viscerófago y azotapresos de Samara, da comidas, en que el plato fuerte es un esturión al horno, de dos metros de largo y gordo hasta deslecharse como una vaca; pieza de río, que por nada le sale al sabueso, ya que lo sacan del agua. Al gobernador de Tula se le envía a la colonia de arrepentimientos de Variegonsk, por acuñador y expendedor de moneda falsa. Los alcaldes del distrito de Penka, están a sueldo de las timbas, que no son más que tumbes del jornal de los borrachos, que al llegar a casa pegan a sus mujeres, sacudiéndolas como felpudo, y faltan al respeto al pudor de sus hijas, haciéndolas madres a los 11 años.

El director de postas de Riázán abre los certificados de Banca, en que huele rublos; y luego encuerra a sus carteros para el bajo Yenisei (el polar), donde los deportados subversivos mueren de tisis como moscas. Las damas de las tómbolas de beneficencia de Mohilev, se gastan el recaudo de garden-partis y faivoclocks en ma-

rrasquino petrolero, hasta caer como cubas debajo del primer bulto que a mano viene. Un cerviguado propietario de Stavropol, de cogote de tres pisos, se jacta de que para almorzar, se ha engargameliado enterito un estómago de carnero, relleno de alforfón; y reembutido con los sesos, las manos, el ijar en picada, las criadillas como toronjas, el intestino sin lavar y la sangre arrebollonada de la bestia, no tan bestial como su devorador. Un pollastre de la hig-life peterburguesa, que vierte en los musikjoles la bechamel por los descotes de las artistas y el vino por el violín de los tziganes en los clubs, cuenta la chismografía que se ha jugado a su padre a una carta. Los niños «bien» de los colegios lancastrianos no aprenden más que el sport de herniarse a coces y comerse las narices al rival en las riñas. Hay pollas-pera en Kostroma, que atrapan el soñado millón conyugal, con tres palabras de francés, dos canzonetas sentimentales y una recrecida prematadura del seno, de incógnito editor. Los agüistas de las termas del Cáucaso van allí a bañarse en bordashka (Bordó) y en Clicquot matrodura (doble), después de hacer boca con huevas de sollo resaladas y con la endiablada dinamita de un potaje de leche, Marsala, jamón, ají, queso, guisantes y pimienta. El terrateniente Pliesakov se hace llevar a sus cotos de 500 almas (siervos) en un droshki de seis caballos; empuñando él un knut para arrear al cochero, a quien azuza además los galgos en ayunas y le desvela la modorra que de Kvass se trae, con patadas en los riñones, en que le hinca sus botas de clavos; y hasta con perdigonadas de su escopeta de caza, si se terciá. La ricacha Pelageya Yerovna cria con bizcochos una patulea de 400 canarios; alimenta a sus lúlus con pasteles de chantilly y pechugas de pollo; y no se lleva a la boca más que tranchas de salmón de a 300 rublos el kilo y truchas japonesas de a 400. Y el pueblo en tanto ¿qué vida? Calza zuecos de corteza de árbol. Ensácase en borregas de piel sin curtir. Come arepas (tortillas de maíz), sapos y lombrices. Habita bajo techos de ripia y tiene papeles untados de sebo, por cristales en las ventanas. El pope Kiril (Cirilo), que administra en Krumachevski las 3.000 deciatinas de tierra del ama de que es confesor, les cobra a los campesinos un becerra por bautizarles y una res, aún mayor, por darles sepultura. Y nada por bautizarles los hijos, porque a éstos, al nacer se los van comiendo las ratas a la puerta del claustro materno de las Nastasyas Tomonovnas, que paren en el suelo como perras el fruto de la rijosidad de los tenientes del eclesiástico.

UNA VOZ UNICA Y AMIGA

CONSUELO IBAÑEZ

Con satisfacción que no escondemos damos relieve a la figura gentil y agradable de la soprano Consuelo Ibañez, amiga muy apreciada en esta casa. Vocalmente y físicamente bien dotada, frecuenta los escenarios con la soltura de quien en cultura musical, timbre, potencia de voz y tablas se siente seguro.



Francamente, Consuelo reúne todas estas cualidades. Cuantos la hayamos oído y aplaudido en la sucesión de festivales solidarios en los que ha tenido parte relevante, estaremos de acuerdo en que nos hallamos ante un caso sorprendente de joven mujer apta para los mayores cometidos del canto, no ya del cancionismo elegante y de estudio cual es el *lied*, sino de la ópera misma. Prueba de la aseveración que arriesgamos lo es el primer premio de ópera que acaba de conseguir en el concurso de la Televisión francesa conocido por «Ecole des Vedettes», en el que en esta ocasión han intervenido personas de ambos sexos dotados de excelente preparación musical y vocal, habiendo quedado éstas — en lo que al elemento femenino se refiere — debajo de la puntuación meritoria obtenida por nuestra dilecta amiga Consuelo. Con este interesante galardón conseguido, la magnífica cantante que es ella conseguirá eliminar muchos abrojos interpuestos en su camino por la incompreensión de los regentes de la escena, esa gente más sensible a las recomendaciones que a los verdaderos méritos del artista. Nosotros, que hace tiempo no ignoramos nada de la voz bien modulada, potente y siempre fresca de Consuelo, teníamos el capricho de comprobar como damas menos merecedoras — aunque merecedoras sean — que la soprano que nos ocupa, ocuparan lugares escénicos no absolutamente adecuados para ellas, en tanto valores auténticos en condiciones y valor artísticos han de permanecer en obligado e injustificado ostracismo.

Ahora, que Consuelo Ibañez ha sido «oficialmente» reconocida por la Televisión francesa y por el público que habitualmente la contempla, le auguramos una brillante y fructuosa carrera.

La Revolución y sus experiencias



El odio al caciquismo me convirtió en narrador parcial y apasionado.

UNA determinación libremente tomada me encadenó al movimiento revolucionario que inició don Francisco I. Madero. Nunca tuve ni he tenido inclinación o simpatía por la política militante; pero en la acción contra el vetusto régimen de Porfirio Díaz pudo más mi corazón que mi cerebro. No me arrepiento, no me he arrepentido nunca. Tal aprendizaje me fué provechoso mentalmente y saludable físicamente. Pienso que en determinados momentos de la vida de un pueblo la abstención del individuo no sólo es cobarde sino criminal. Por otra parte no es tampoco motivo para ufanarme de lo que sólo significa el cumplimiento de un deber. Lo que me ocurrió a mí nada tuvo de excepcional; millares de millares de mexicanos, aun de aquellos que tenían fuertes ataduras con su pasado, tomaron parte en esta lucha, que no acaba de pasar. Con entusiasmo, muchos sacrificaron sus intereses y muchos su propia vida.

La última década de la administración porfirista transcurrió quieta como un río de aguas mansas. Nadie se daba prisa a nada porque nada era urgente. Sobraba trabajo para cuantos lo buscaban, los salarios eran ínfimos, pero jamás se dió el caso de que alguien se muriera de hambre o de frío. Hasta el bolsillo más modesto podía permitirse comodidades y lujos, hay reservados exclusivamente a los magnates enriquecidos con los despojos de aquella época. Sólo de una manera excepcional aparecía el tipo, tan común en nuestros días, de famélico avorazado que no se detiene en medio alguno, por deshonroso e infamante que sea, para la adquisición rápida de una gran fortuna, ese tipo desventurado, corroído por su propia ambición, en estado de angustia perpetua, porque no lo saciará todo el oro del mundo.

Los mexicanos de aquellos tiempos disfrutábamos de plenas garantías en nuestras personas y en

nuestros bienes, y la paz reinaba sobre la tierra.

Quiero decir con esto que la vida era mortalmente fastidiosa.

Cuando un periodista americano vino a contarnos que algunos cientos de millares de mexicanos vivían en pleno estado de ignominia, reducidos a la esclavitud por los grandes propietarios en las regiones de Yucatán, Tabasco y otras muchas partes de la nación, se produjo un momento de asombro. Sólo un momento; nuestro sabio estadista, nuestro paternal dictador, cuidó de que no circulara el panfleto, hizo que sus diaristas desmintieran la especie y colmaran de injurias al que la propaló y nuestro país volvió a ser nuestro gran país y volvimos a sumergirnos en nuestro único sopor.

Pero lo que se estanca se pudre y México olía a lo que hieden esas pobres viejas prostitutas que quieren detener el tiempo con pinturas y perfumes. Con rigurosa verdad se ha dicho y se ha repetido hasta el fastidio que la quietud y la paz de México es la quietud y la paz de los panteones. Desde que comenzó la revolución en 1910, yo, como muchos millares de mexicanos ya no hemos vuelto a tener tiempo para aburrirnos. Cuantos anhelábamos que México siguiera viviendo, queríamos su renovación y eso explica suficientemente como todos los mexicanos entre quince y cuarenta años, con buena salud y unas miasmas de quijotismo en el alma, a la primera clarinada de Madero nos hayamos puesto en alerta y en pie. ¡Una locura la de Madero! Sí, pero con locuras se han descubierto continentes y conquistado países. Bastó un gesto de desafío al poderoso y omnipotente caudillo, a quien respaldaban las fuerzas vivas del país y sostenía el respeto y la admiración de las principales potencias del mundo, para que nos venciera con su grandeza. Una luz de esperanza hasta para los que sólo nos aturdiábamos en el sopor del aburrimiento.

¡Qué lástima me inspiran los niños de teta de la revolución y la cáfila de oportunistas y logreros que han mostrado desdén y compasión por la revolución de Madero, atribuyendo su triunfo a los dólares americanos! Sin Madero ¿quiénes habrían sido estos pobres diablos de extremistas de hoy?

Quiero recordar a un anciano zapatero que se sorprendió de mi regocijo y entusiasmo cuando le hablé de la revolución que acababa de estallar en Puebla. «¡Dios nos libre de más revoluciones! —me dijo el viejo ex-soldado de la guerra de Reforma—. Me moriré de viejo y puede que usted también y no le veremos el fin».

Así hablaban algunos octogenarios que habían olido la pólvora y se habían quemado cuerpo en los combates. Pero a los que vivi-

mos aquellos días de intenso regocijo, alternados con otros de zozobra, de abatimiento o de grandes peligros, los lamentos de los viejos nos oían a cedos.

La aventura maderista fué, a la verdad, disparatada, digna de gente de manicomio, pero los que teníamos en las venas algunas gotas de sangre en vez de cinco litros de atole, la seguimos desde sus primeros momentos, dispuestos a tomar nuestro sitio en el movimiento, en cuanto sonara nuestra hora.

El secretario de la Jefatura Política, poeta, soñador, íntimo amigo mío, y yo, ciegos partidarios de Madero los dos, convertimos las oficinas oficiales en centros de propaganda revolucionaria. Tal aventura le costó la destitución de su puesto y la salida en busca de trabajo, donde no le conocieran, y a mí el concono del caciquismo local que por instinto de conservación abrió los ojos, mirándonos como sujetos peligrosos para sus actividades bien enquistadas en la gente de trabajo.

Ser maderista, desde entonces, fué lo mismo que ser criminal, perverso, enajenado o cuando menos anormal, entre los menos severos.

Por lo demás nadie fué propagandista más activo y eficaz del movimiento rebelde que el caduco dictador con su conducta en los acontecimientos de Puebla. Los asesinos de un reducido grupo de valientes acaudillado por la familia Serdán, perpretados por la policía, eficazmente ayudada por soldados de línea de infantería y caballería, dieron a Madero más prosélitos que todas sus peroratas. La insolencia y el cinismo de los periodistas anunciando el triunfo del gobierno en gruesas cabezas: «Las armas nacionales se han cubierto de gloria», produjeron un movimiento de indignación y de estupor.

En nuestro radio de acción seguimos laborando con tenacidad y peligro. Formamos un núcleo local antiporfirista, integrado con obreros que sabían leer, pequeños comerciantes, agricultores resentidos por injusticias del gobierno, muchachos soñadores y entusiastas. Y lo mismo que en mi pueblo, en todo el país quedó sembrada la semilla en terreno propicio y en incubación hasta el momento en que el germen de la rebeldía habría de estallar vital y fuerte. Obra de gran peligro porque el paternal caudillo, tan benévolo cuando no se tocaba a su gobierno, jamás toleró, ni en broma, faltas de respeto y veneración a su persona.

Por tanto cuando llegó la noticia de las negociaciones entre re-

beldes y federales en Ciudad Juárez, la salida de don Porfirio en el Ipiranga y del triunfo de la revolución, hasta los enemigos más enconados de Madero se apresuraron a exhibirse como sus más ferrosos partidarios.

Por entonces nuestro centro político contaba con muchos millares de hombres y con la adhesión entusiasta de todo el pueblo. Se dió, repito, el espectáculo más grotesco —que habría de repetirse durante todo el tiempo de la revolución —los enemigos más encarnizados de ella, luciendo la insignia de los soldados maderistas, una cinta tricolor en el sombrero.

No fué extraño que al verificarse la renovación de las autoridades locales, una vez reconocido oficialmente el triunfo de Madero, numerosas personas de la clase media y el pueblo trabajador en su totalidad, me hubieran designado, por aclamación, primera autoridad de mi cantón. Tal nombramiento rompía en absoluto con mi temperamento, con mis ideas, con mis hábitos, con mi manera de ser, pero tuve que aceptarlo sobre todo cuando el caciquismo herido en su más alta prerrogativa protestó y puso el grito en el cielo. Haberme obstinado en rehusarlo habría sido deslealtad y egoísmo y hasta un mentis a la conducta que como revolucionario había observado.

El desbarajuste, el desorden y el caos que sucedió al derrocamiento brusco e inesperado del gobierno, fueron de tal magnitud que los nuevos mandatarios tuvieron que acudir no pocas veces a las derrotadas fuerzas federales para imponer alguna disciplina. Una anécdota personal puede dar una idea precisa de aquel estado de cosas. Cuando se avizoró el triunfo de la revolución, una turba de aventureros, vagos y acomodaticios —como ha ocurrido siempre en circunstancias semejantes—, apareció de la noche a la mañana en armas e intrigas de los militares en triunfo. Los primeros que mi pueblo recibió en medio de vivas y aplausos estruendosos, todavía sin identificarlos, resultaron ser unos pobres jornaleros al servicio de un hacendado de alta prosapia, autonombrado coronel maderista; peones con sus deslavadas ropas de mezcilla, sus deshojados sombreros de soyate y guaraches desgarrados, pobres diablos que no habían olido más pólvora que la de los cohetes para espantar las urracas de la milpa, se ensopearon de la ciudad. Esto ocurrió —como puede suponerse— cuando don Porfirio estaba ya en Europa. El caso no fué único. Ocurrió con



* LA REVOLUCION Y SUS EXPERIENCIAS *

insólita frecuencia en distintas regiones del país ricos de larga vista aparecieron de repente como adptos a la nueva causa y devotos del caudillo en triunfo, con gente reclutada entre sus propios sirvientes, de tal suerte que con la bandera revolucionaria no sólo defendían y ponían a salvo sus amenazados intereses sino que los acrecentaban en proporción directa del filo de sus dientes y de la longitud de sus uñas. Me ocurrió entonces algo singular y grotesco: cuando me presenté en la Jefatura Política del cantón a tomar posesión del puesto que se me había conferido, ratificado ya por el gobernador del Estado, me encontré con los maderistas a las órdenes del llamado coronel don Manuel Rincón Gallardo estorbándome el paso. Tuve entonces que recurrir al destacamento de soldados federales de guarnición en la plaza para desalojar a los pseudomaderistas y a las autoridades a quienes ellos sostenían, e instalarme. Aquellos pobres diablos, de peones disfrazados de revolucionarios, salieron de la Jefatura sin hacer la más leve resistencia, sin darse cuenta siquiera de lo que había sucedido.

Revolución de mentirijillas la del señor Madero si la simiente sembrada por él no hubiera sido fecundada en un suelo propicio. Las pocas escaramuzas que dieron al traste con un régimen aparentemente fuerte y brillante, pero caduco y corrompido en su interior, dejaron incólumes a los testarros del porfirismo, asustados por la sorpresa durante los primeros instantes. No se hacían las elecciones generales todavía, cuando el gobierno provisional del presidente don Francisco León de la Barra se había convertido en madriguera de tejones que por medio de combinaciones e intrigas políticas estaban socavando profundamente los cimientos del nuevo régimen. Uno de los más gordos logró derrocar al gobernador de mi Estado y mi protesta fué inmediata en forma de renuncia de carácter irrevocable, expresando con toda claridad que el puesto que ocupaba como jefe político del cantón lo había aceptado exclusivamente por obedecer el mandato de mi pueblo, pero nunca lo ocuparía por mandato oficial. Para colmo de mofa hube de entregarlo a la misma persona a quien por la fuerza había tenido que desalojar.

Esto me dió la medida cabal del gran fracaso de la revolución. Fué para mí el máximo instante de la desilusión, de irreparables consecuencias. El caciquismo recuperaba sus fueros sorprendido él mismo de la debilidad catastrófica del gobierno maderista. Decidido a retirarme de una manera absoluta de toda actividad política, me dediqué al ejercicio de mi profesión y en las horas muertas a componer el primer volumen de una serie que debió haberse llamado *Cuadros y escenas de la Revolución Mexicana* pero que por necesidades editoriales y otras cau-

sas secundarias hubo de cambiar de nombre. Desde entonces dejé de ser —con plena conciencia de lo que hacía o sin ella— el observador sereno e imparcial que me había propuesto en mis cuatro primeras novelas. Ora como testigo, ora como actor en los sucesos que sucesivamente me servirían de base para mis escritos, tuve que ser y lo fui de hecho, un narrador parcial y apasionado. Pero mi libre voluntad había elegido una posición mental en el gran movimiento renovador y quise y pude mantenerla hasta el fin. Ello no ocurrió sin sostener conmigo mismo una lucha: el conflicto íntimo que se me presentó está fielmente traducido en uno de los diálogos de mi pequeña novela *Andrés Pérez, maderista*.

«Yo comprendo —dice Andrés Pérez, el protagonista y relator del librito— que sean revolucionarios hombres incultos como Vicente el mayordomo, como mi amigo Toño Reyes, loco de atar aunque hacendado... porque usted lo sabe mejor que yo, don Octavio, todo esto de la revolución no es ni puede ser sino una mentira y una mentira monstruosa... Los pueblos han derramado siempre su sangre por arrancarse de su cuerpo los vampiros que los chupan, los empobrecen y los aniquilan, pero nunca, ni uno solo, han conseguido más que sustituir unos vampiros por otros vampiros... La ley de la vida es la ley del más fuerte...»

«Las convicciones intelectuales, amigo mío —respondió don Octavio—, son unas, nuestros actos otros. Usted no podrá comprender la conducta del ateo que en un momento de suprema angustia vuelve los ojos al cielo para implorar o maldecir, si olvida que el atavismo, la educación y el medio, son fuerzas, no por imponderables menos poderosas que las de esta pobre rana desnuda que es el hombre; no comprenderá que el anarquista individualista se levante de golpe y se lance a la pelea en defensa de su patria cuando siente amenazada su independencia, porque en ese instante se le olvidan las teorías de que atiborró su cabeza y deja que su raza se imponga con una fuerza infinitamente superior a todas las dialécticas...»

Y en aquellos días de incertidumbre, de fiebre y de angustia, yo seguía emborronando cuartillas al correr de la pluma. Los maderistas más o menos conscientes de los sucesos que estaban ocurriendo esperábamos de un instante al otro el desastre. Los hombres nuevos, de una buena fe insospechable, pero de inexperiencia absoluta, eran juego fácil y hasta divertido para los viejos lobos del porfirismo, adiestrados en el fraude, en el dolo y en el engaño. Y lo más doloroso y trágico fué la incapacidad y la impotencia del Jefe de la Revolución —por lo demás el gobernante más honesto y probo que el país ha tenido— para regirle, su optimismo nefasto, su confianza, en sí mismo, su fe ciega en

el pueblo que lo había llevado al poder, de quien esperaba que contra viento y marea supiera sostenerlo. La audacia y el cinismo con que los enemigos de la revolución chaquetearon en los propios momentos en que se consumió la derrota del régimen, me dieron el tema básico de la novela. En *Andrés Pérez, maderista* vertí todo mi desencanto.

La abundante cosecha de acomodaticios y traidores de que han disfrutado las generaciones actuales no fué invención del nuevo régimen, sino aprendizaje de aquellos hombres ilustres, que según ellos lo cuentan y muchos crédulos lo repiten, fueron modelo de rectitud y honorabilidad.

Andrés Pérez es un periodista metropolitano al que sorprende el primer brote revolucionario de Aquiles Serdán en Puebla, y la interrupción temporal de comunicaciones en una hacienda del Bajío donde pasa sus vacaciones, de visita con su amigo Toño Reyes. Algunos comentarios de los sucesos políticos, mal interpretados, dan lugar a que se invente que el periodista es revolucionario perseguido y oculto en la hacienda. El rumor alcanza tales proporciones que Vicente el mayordomo, entusiasta partidario de Madero, le ofrece sus servicios. Andrés Pérez, pobre diablo abúlico, cuyo lema es aquella frase de Teófilo Gautier: «Daría mis derechos de ciudadano por ver a Julia Físi en el baño», es aprehendido como sospechoso y llevado a la cárcel del pueblo inmediato. Su amigo el hacendado Toño Reyes, sujeto hérido en plena madurez por la tuberculosis, casado con una mujer tan bella como frágil, se lanza al movimiento rebelde con su peonada, pereciendo en la primera escaramuza que sostiene con los rurales. Se pone al frente de la gente el mayordomo Vicente, se poseionan del pueblo donde tienen preso a Andrés Pérez y lo sacan en hombros en calidad de héroe revolucionario. Los acontecimientos coinciden con el triunfo de Madero y la salida de Porfirio Díaz a Europa. Un coronel enriquecido por el porfirismo aparece entonces como revolucionario, se presenta en el cuartel donde está Vicente con los suyos y exige que se le reconozca como su jefe. Vicente, mochetón bravo y que odia a los federales, se le enfrenta, decidido, pero el coronel, con audacia, obliga a los propios peones a que lo desarmen y enseguida lo fusila.

Mientras ocurren estos hechos Andrés Pérez acaba de delinear su gallarda figura, consolando a la guapísima viuda del mejor de sus amigos.

Incertidumbre, confusión, fracaso: así quise condensar en menos de un centenar de páginas un aspecto del movimiento de Madero, cuyo triunfo rápido fué la causa mayor de su caída, por no haber dado tiempo a que madurara en la conciencia del pueblo.

Cuantos tuvimos los ojos abiertos, esperábamos de un momento

al otro el derrumbamiento del régimen maderista, pero no el atentado brutal de que fué víctima. Un gemido sofocado de indignación sacudió nuestra alma desgarrada, mientras el grito de borraquera de sangre humana cundía por todas partes: «¡Ya tenemos gobierno decente!» Es en vano que ahora quisieran lavarse las manos muchos de los que entonces aplaudieron aquella infamia. Pero es en vano que también queramos aparentar inocencia los que por torpeza o cobardía, presintiendo lo que iba a suceder, no hubiéramos sabido agruparnos como hombres a defender al que quisimos como jefe. Yo creo en la justicia inmanente, y para mí la comprobación de ella está patente en la sucesión de tremendas calamidades que nos han afligido y nos siguen afligiendo a unos como autores y coautores de ese crimen y a los otros por nuestra indiferencia, por nuestra inercia, por nuestra cobardía y por nuestra impotencia para colocarnos en el sitio que la situación exigía. El asesinato de Madero con justicia ha pesado sobre todo el país.

Me ufana de conocer a los magnates del caciquismo pueblerino, pero a la verdad sólo los había visto de guante blanco. Ahora se me presentaba la ocasión de conocerlos sin adornos ni ropa. Hinchidos de resentimiento contra cuantos habían osado ultrajar sus fueros, en la ebriedad de su triunfo, se despojaron de sus tapujos y organizaron manifestaciones públicas para demostrar su regocijo por la caída y asesinato del presidente Madero. Seguramente que aquel régimen humano, demasiado humano quizás, fué indigno de un pueblo acostumbrado a sentir el látigo en sus espaldas o a empuñarlo. Los heridos o simplemente amenazados en sus privilegios no sospecharon que aquel derramamiento de sangre inocente habría de fecundar la semilla, extinta al parecer, que al brotar en la superficie removería en sus entrañas el territorio nacional con la fuerza de un cataclismo.

En verdad el pueblo había incurrido en el mismo error de Madero, y más que cobardía fué estupefacción lo que lo paralizó en los primeros momentos. El maderismo parecía haber caído en un estado de colapso confinante con la muerte. Recuerdo a un viejo cliente mío, pequeño comerciante de los más entusiastas fundadores del centro maderista local, que, padeciendo una afección cardíaca, sufrió un síncope mortal cuando tuvo noticia de la muerte de Madero.

Cuando llegaron los rumores, confusos todavía, del desconocimiento del usurpador Victoriano Huerta por algunos gobernadores y de la aparición de Francisco Villa con fuerzas armadas en el Norte del país, millares de hombres de trabajo, que sólo habían sido pasivos simpatizadores de la revolución, no pudieron contener más la lumbre que corría por sus venas e infinidad de partidas de rebeldes se levantaron por todas partes.

MARIANO AZUELA



La Escena

Albert Camus y el teatro

EL teatro es ilusión, es decir lo contrario de la mentira. Camus había comprendido esto instintivamente y por eso su obra de verdad, debía exponerse en parte sobre la escena. Tal vez también ese «gusto de prueba» que tienen las palabras cuando se contentan con instalarse en el papel, sino que pasan por la boca del hombre, del actor, de aquel que desde la tribuna se dirige a la multitud. El papel, como el lecho, soporta todo. El lenguaje hablado debe afrontar exigencias.

Una imagen al principio, una imagen al final. La primera es una fotografía hecha pública: representa a Albert Camus haciendo el papel de Olivier le Daim en «Gringoire» de T. de Banville, un clásico del teatro amateur que pocos son los autores o los comediantes que no lo hayan frecuentado a los veintidós años. La segunda imagen no existe, ¡ay! más que en mi memoria. En septiembre de 1959, Camus hacía la tournée de «Los Poseídos» en Suresnes. Yo tenía ciertas razones para ir a verlo allí, y aproveché para preguntarle por sus proyectos. ¿Qué teatro le ofrecería Malraux? Me contestó que no sabía nada al respecto, pero que en todo caso, puesto que entonces era organizador y director, actuaría sobre todo «al aire libre». «Espacio el más vasto público y la mayor envergadura dramática. No son autores de cámara, son los Shakespeare los que hacen faltan».

Tal era el hombre: ver claro y conocer bien su oficio. Yo no creo que jamás haya abordado tarea alguna sin mensurarla de A a Z. El literato que lanza un mensaje al mundo, generalmente ignora por qué humildes manos debe pasar previamente ese mensaje. Camus conocía esas manos: el regente de imprenta, el linotipista, el corrector eran sus amigos. En el teatro, antes de escribir una línea, había aprendido a dirigir una compañía, a explicarles a los comediantes el sentido de las réplicas, a regular los movimientos de escena y la iluminación. En 1952 yo le preguntaba a un joven actor, J. Negróni, cuales eran para él los dos más grandes directores. Me respondió sin vacilar «Vilar y Camus». Este último nombre me asombró, yo sólo conocía entonces al escritor. Pero al año siguiente, en el festival de Angers, vi al realizador de espectáculos y comprendí que Negróni tenía razón.

El teatro escrito de Camus es un fiel reflejo de su obra. Sus dos primeras piezas, «Calígula» y «El Malentendido» se nos aparecen como ilustraciones vivas de «El extranjero» y «El mito de Sísifo». El absurdo, maestro de maquinaciones infernales, organiza la muerte de Jan asesinado por su propia hermana Marta, bajo la mirada indiferente de un destino



silencioso. El absurdo («Los hombres mueren y no son felices») conduce lógicamente a Calígula a querer la luna, es decir, a otorgarse el poder de hacerlo todo, a franquear de alguna manera la barrera del sonido de lo imposible. La irrisión es universal, sin embargo; en todo eso, el hombre tiene su oportunidad. La oportunidad de ser hombre hasta (y a causa de) primicia, la contingencia, la desesperación. Después surgen héroes verdaderos: Diego, el rebelde de «El estado de sitio», los «Justos» Kalligev y Dora. En ellos, nos podemos reconocer. En ellos podemos aceptar la derrota, el malentendido, la muerte. No habrían vivido más que un instante, y ese instante, de cara a una austeridad insondable, testimonia la necesidad del Hombre. Nacidos y muertos al azar, no somos sin embargo simple azar.

No. No era un «azar» que el absurdo esperara junto a un plátano en la ruta de Sens. La prueba: su muerte nos ha mutilado. Desde hace ya meses, me despierto casi cada mañana diciéndome que eso no es verdad, mi memoria se empeña en censurar ese instante. Pero, es cierto, Camus ha muerto. Y no es un duelo que llevo, es la pérdida de un brazo o de un ojo la que sufro. Como a otros miles, Camus me era indispensable. Aunque yo lo conocía menos que otros, no tengo de él más que algunas cartas y una fo-



La Pantalla

«Los senderos de la gloria»

SE trata de una película que, por el momento, no se verá en esta tierra. Hay que verla lejos, por ejemplo en Bélgica. A medida que el buen sentido se impone las aguas vuelven a su cauce y las películas a su pantalla. No en todas partes ha de ocurrir lo que en España, donde «El dictador» de Chaplin está permanentemente prohibido, siendo el de El Pardo el que campa... por sus irrespetos.

«Los senderos de la gloria» («Les sentiers de la gloire»), en su edición original) es un film de una violencia extraordinaria, de un realismo transtornador, diríase tan penoso de soportar como la propia guerra.

El argumento refleja el aspecto íntimo del combate: nada de héroes, sino de soldados cara al enemigo. Existe la costumbre de ver, en las películas de guerra, las peripecias de la lucha, las acciones ocasionales del soldado, que será citado al orden del día según su grado y, en fin, el regreso al hogar una vez terminada la contienda.

Todo ello no es más que uno de los múltiples aspectos de la guerra, y seguramente el que con más frecuencia se da en las pantallas.

En «Los senderos de la gloria» se levanta un ángulo de la cortina realista, y desde este momento en nuestros corazones no queda lugar para los héroes. Huelga la leyenda del heroísmo en los combatientes, que no son más que hombres que matan únicamente para no morir.

Ni siquiera patriotismo existe en ellos. La guerra se encarga de eliminar las ilusiones patrióticas que un día tuvieron.

Mientras esos soldados de «Los senderos...» sufren en el barro y en el peligro de las trincheras, agotados y sin moral, dos generales se ponen de acuerdo, uno prometiendo al otro un adelanto im-

portante para que intente la conquista de una posición enemiga fuertemente defendida. La empresa es loca, pero los autómatas ¿no han realizado hazañas a veces y sorprendido con frecuencia al mundo, estando casi al fin de su resistencia?

El ataque se produce y fracasa. Apenas salidos de su atrinchamiento los soldados agresores se desploman mortalmente segados por el fuego de las ametralladoras enemigas. El desastre es total y algunas formaciones de reserva se niegan a salir. En campo raso sólo dos soldados consiguen llegar a la posición adversa, pero al darse cuenta de que están solos comprenden la locura de la empresa y deciden regresar a su base, lo cual les acarreará proceso por desertión ante el enemigo y atentado contra la moral del ejército. Los generales defienden su prestigio cargando contra ambos procesados hasta que los condenan a muerte. Comprendido el caso, el coronel del regimiento había defendido calurosamente a los reos, al extremo de confundir a los acusadores. Tarea inútil. La justicia castrense no se deja «atropellar» y envía al justo coronel a batirse en primera línea de fuego.

La moraleja la saca el público al salir a la calle, verdaderamente consternado. — PIERROT.

tografía que nos reúne. Es, por lo tanto perfectamente exacto que el hombre puede ser necesario, puesto que Camus nos era necesario. ¿Qué puede faltarle al mundo si él falta?

Se me excusará por no escribir aquí una disertación sobre su teatro. Las pocas líneas que le dediqué más arriba me parecen suficientes por el momento. Más tarde le rendiremos a esta obra un homenaje más completo y digno —aunque imperfecto— yo creo. El teatro escrito de Camus pertenece a toda nuestra generación y a las generaciones venideras. Ahora, sólo quiero evocar un último recuerdo.

Hace tres años, Camus adaptó



José Rizal y la España de Franco

por B. del RIO



UNA vez más, me veo obligado a denunciar la España de Franco.

¡Ah!
Y el poco interés que hay allí por Rizal.

El año anterior escribí al Alcalde de Barcelona preguntándole si era cierto que cuando las fuerzas «nacionales» entraron allí en enero de 1939, lo primero que hicieron fué quitarle a una calle el nombre de Rizal y lo sustituyeron por el de «Alcalá de Guadaíra», y que si esto era cierto, que ya habían pasado veinte años desde entonces, y que como en 1961 íbamos los filipinos a celebrar el centésimo aniversario del nacimiento del patriota y mártir calambeno, veríamos con agrado el que al hombre más grande de la raza malaya se le restituyera la calle de la Ciudad Condal.

Albert Camus y el teatro

para el festival de Angers una comedia de Lope de Vega, «El caballero de Olmedo». La representación, admirablemente dirigida por él se desarrollaba ante los muros del castillo en una dulce noche de verano. Entre otros comediantes, actuaban Sylvie, Dominique Blanchard, Jovis, Woringer, Herbanet (pero no Camus, a pesar de ser un actor admirable).

¿Qué es «El caballero de Olmedo»? Es una historia muy simple, la de un joven muy bello, muy noble, muy puro, que llega un día a una ciudad de España para asistir a una fiesta. Aparece, y eso basta, la muchacha más hermosa del lugar se enamora de él. Es la dicha, no una de esas mediocres «felicidades» que fastidian la impaciencia de la humanidad, sino el «instante de belleza» caro a Keats que es «un gozo para siempre». Mas... los pretendientes de

Mi primera carta la escribí el 5 de noviembre de 1958, certificada y con tarjeta de vuelta.

La segunda carta salió de Manila el 5 de diciembre de 1958, y la tercera el 5 de enero de 1959, todas ellas certificadas, y creo que todavía guardo los correspondientes recibos firmados por algún empleado del Ayuntamiento de Barcelona, de haberlas recibido.

Naturalmente, ¡no recibí contestación!

Y es que, ¡es verdad que los «nacionalistas» le robaron a Rizal la calle!

¿Por qué?

Indudablemente, entre los vencedores había todavía militares que estuvieron en Filipinas y que participaron en la tragedia de Bagumbayan.

O acaso el cambio se debiera a órdenes superiores procedentes de Burgos, la capital de los «nacionalistas».

Lo cierto es que no recibí contestación de Barcelona y hube de mencionar esto el pasado mes de junio y enviarle una copia al poco educado alcalde de Barcelona, para que éste se apresurase a contestarme con bastante rapidez.

Naturalmente, este señor me contestó bastante serio, pero muy correcto, que el asunto no era de su incumbencia, sino del ministro de Relaciones Exteriores.

Y al ministro Castiella el envié una carta el 12 de octubre de 1959, precisamente el día de la Hispanidad, pues no hay que olvidar que Rizal fué un gran hispanista, y hoy, 28 de diciembre de 1959, pues...

la bella no pueden soportar ese idilio. Al amparo de la noche, esperan en una encrucijada al caballero que vuelve a su casa, y lo asesinan. No habrá más bodas ni jamás habrá fiesta en Olmedo.

Eso es todo. Un hombre llegó, demasiado hermoso, demasiado noble, dió una vuelta por la ciudad y lo mataron.

No iba a ser ése el último espectáculo montado por Camus. En el invierno siguiente los carteles del Mathurins constaban aún su nombre conjugado al de Faulkner, y en 1959 ponía en escena «Los poseídos» en el teatro Antoine. Pero cuando pienso en él, son las imágenes nocturnas del «Caballero de Olmedo» las que recuerdo. Camus llegó. Camus pasó entre nosotros y nos lo mataron. El absurdo se parece a los desdenados de Lope de Vega: no tolera un rey entre los hombres. — *Morban Levesque*

¡No he recibido tampoco contestación!

Pero sí una tarjeta de haber recibido mi carta.

Recibo núm. 401.899.

Por lo visto para la España oficial de Franco, ¡Rizal bien fusilado está y no se merece devolverle el nombre que pusieron, casualidad!, los republicanos en abril de 1931, cuando se proclamó en España un régimen democrático!

Repito una vez más: ¡Qué poca cortesía la de esos alcaldes y ministros de la España actual!

Porque después de todo, ¡yo no les he pedido una cosa imposible, algo para mi provecho, devolver el nombre de Rizal a una calle...

En cuanto al ministro de Relaciones Exteriores, no me extraña su conducta, pues según he leído en una revista de los Estados Unidos, llevó el uniforme alemán en la famosa «División Azul», cuando peleó contra las democracias en la pasada guerra y fué condecorado por Hitler con la cruz de Hierro.

¡Se le pegó la rudeza de los «boches»!...

Con esas cartas que escribí a España y que no fueron atendidas ni contestadas podrán darse cuenta mis lectores del poco interés que hay en la antigua metrópoli por nuestro héroe y mártir nacional: doctor José Rizal y Mercado.

No así sucede con los patriotas, mártires y héroes de la América Indohispana, pues en España no sólo cuentan con meras calles sino hasta con monumentos.

Y me pregunto (extrañado):

¿Por qué ese discrimen?

¿Es que fué, acaso, una enorme fechoría, un crimen monstruoso, escribir el «¡Noli me tângere!» y «El filibusterismo», donde se denunciaban los excesos, crímenes e injusticias que aquí cometieron la Teocracia y unos cuantos malos españoles y no se lo pueden perdonar a Rizal?

Yo no quiero creer, pero...

¡Los hechos lo demuestran!

Mientras en España haya gobiernos de tipo dictatorial, fascista, estoy convencido ya de que a nuestros héroes no se les hará justicia allí, ni se se les ha de honrar como se lo merecen y no precisamente con discursos huecos y fiestecillas sin importancia.

Y a las pruebas me remito.

Me duele en el alma tener que escribir esto y quisiera estar equivocado, pero...

¡Esa es la triste realidad!

Todo para los suramericanos.

Pero...

Igual que la República honró a Rizal con una calle en 1931 y en

la ciudad Condal, cuando haya un gobierno democrático otra vez en España, y no sé cuándo será eso, entonces contarán en la vieja madre nuestros héroes con calles y monumentos, porque yo no creo que seamos los filipinos menos que los mexicanos, argentinos, colombianos o uruguayos en España.

Y que no olviden esos orgullosos señorones que gobiernan a España, que en 1961 celebramos los filipinos el centenario del natalicio del doctor José Rizal y Mercado, que fué tan español como cualquier otro español de la Península sin dejar de ser filipino, porque el inmortal calambeno amó mucho a España. — *Manila*.



19 de Julio de 1936

No pensemos ya más en los muertos y en el dolor de España por lo que ello entristece, y 24 años de tristeza son demasiados. Conviene saturarse de porvenir, de propósitos constructivos altamente satisfactorios, y mirar en el espejo del 19 de Julio, no en el espejismo de la gloria, sino en la verdad de las grandes realizaciones.

El 19 de Julio fué interesante por la resistencia airada de un Pueblo; pero por encima, magnífico y prometedora por la piedra base que colocó para una sociedad igualitaria, y en ello nos detenemos... para atizar la llama del progreso humano hasta sus más insospechadas consecuencias.

Otro 19 de Julio pasa. El deseo de una España enteramente libre queda.

Los obreros, los artistas y la libertad



Así es como la humanidad se va sucediendo en las luchas por sus ideales, pero en sus puntos básicos, éstos resultan siempre postergados, como si se tratara de vanos empeños tras utópicas quimeras; es que en el fondo no se lucha más que por partidos o sectas, eternamente por la supremacía y privilegios de los unos sobre los otros, por falta de auténtico altruismo y fraternidad humana. Estoy por lo tanto, de acuerdo con el poeta francés que dijo: «La revolución será la moral o no será». Así lo he creído siempre: sin elevar el espíritu y el corazón de los hombres para que sean mejores, antes que el standard de vida propiamente dicho, es un engaño que los dictadores demagogos saben muy bien explotar y cuyo saldo, al final, nunca es realmente a favor de la felicidad que el hombre tanto anhela.

Creo que hoy día se ha falseado el concepto de libertad o por lo menos, la lucha entablada desde el origen del hombre por obtenerla ha cambiado de sentido. Espartacus no luchó por una cuestión de salario; su problema no era una cuestión de trabajo intensivo o de largas jornadas, sino de ser libre, para vivir su vida según su sentimiento, su afán o su inspiración; no era, pues, el trabajo, por extenuante y mal pagado que fuera, el motivo de su rebellón; quería sólo poderlo hacer con alegría, impulsado por el amor y la generosidad a la par de sus semejantes en fraterna convivencia. O sea sin látigo, sin cadenas y sin imposición alguna. Entiendo, pues, que el concepto de la libertad que se tenía antes, era de algo más auténtico y más profundo del que se tiene actualmente en nuestra deslumbrante civilización, porque la libertad que ahora pretendemos no es sentida con el alma sino teóricamente, en su sentido dogmático, reglamentario y sobre todo material.

Es desde la revolución francesa que la lucha por la libertad toma cada vez más fuerza y expansión hasta llegar a nuestros días, en que se recoge el fruto de tan ingentes luchas. En esas luchas desiguales y cruentas se inmolaron vidas de hombres y mujeres de

NO hay duda de que para el hombre, el justo medio de las cosas, ha sido siempre lo más difícil; por tal razón, sabiduría es alcanzarlo. Igualmente, si bien el hombre sabe morir por sus ideales, en sus triunfos olvida los verdaderos postulados, que siempre serán de justicia, libertad y fraternidad, o sea de orden moral, antes que de beneficios mezquinos y materiales inseguros y falaces.

buena voluntad, no sólo trabajadores manuales sino pensadores, poetas, artistas y maestros, que como ellos también perdieron la vida peleando o por la mano del verdugo, o bien su libertad, sumidos en sombrías prisiones. El fruto triunfal de tanto dolor es la emancipación del hombre con la conquista de la dignidad humana de que hoy disfruta.

Pero esa liberación es la del cuerpo, no la del espíritu. Hoy día, fuera de nuevas doctrinas totalitarias, que propenden a reincidir en los antiguos absolutismos o alguna que otra tiranía con sus despotismos y oscurantismos anacrónicos, todo hombre puede vivir y actuar según su inclinación, sin temor por su libertad e integridad física, no en forma cabal, desde luego, pero sí en gran parte. Recordemos lo que era una huelga hace 40 años a lo que son hoy: el monumento de Falcón que está en Buenos Aires, recuerda su fin violento, pero yo quisiera que otro monumento, a su vez, perdurara el recuerdo de los obreros en huelga masacrados por su orden.

Hoy día es más cómodo declarar una huelga que pedir permiso al capataz para faltar al trabajo; ha perdido, pues, su seriedad y vigencia fundamental. Reconozcamos de una vez que no es tanto cuestión de conquistas materiales; si la clase patronal ha multiplicado astronómicamente sus ganancias, el trabajador debe, ¿qué duda cabe?, ganar más para po-

der vivir, que al fin, la avaricia del patrono y no otra cosa es lo que encarece la vida. Pero lo que yo intento aclarar, es que estamos lejos de los tiempos en que en los hogares humildes la falta de trabajo o los jornales mezquinos, los sumían en el hambre y la miseria más bajo y ruín.

Considero que la libertad material está ganada; es una etapa resuelta; las conquistas del trabajador manual e intelectual en cuanto a su libertad y bienestar material y ya no se discute; los motivos que puedan obstruir su normal desarrollo, son propios de las contingencias circunstanciales, que el hombre debe sortear con entereza, porque es parte de su vida y ésta no florecerá nunca en un paraíso ilusorio sino de acuerdo a su mismo fondo biológico: la eterna lucha.

El artista que no sabe de gremialismos, que no ha contado nunca con la protección de sindicato alguno, como no puede trabajar en común, además de individualista es solidario, su obra sólo él puede hacerla y por lo tanto él solo puede ayudarse; ¿a quién podría pedir aumento de salario o menos horas de trabajo u otras ventajas, si no a sí mismo? No tiene otra alternativa que trabajar cada vez más y mortificarse sin pausa porque su obra sea cada vez más perfecta.

Naturalmente, el caso del artista, salvo en los regímenes absolutistas o totalitarios donde el arte

por Gustavo COCHET

es dirigido al igual que el trabajo en general, fuera pues de esas «cortinas de hierro», la vida y la obra del artista se diferencia de la del obrero. No es lo mismo, pero en cuanto a la libertad sí, porque es igual para todos. El artista también se ha esforzado por liberarse de la imposición del contratante que le imponía el tema y tantas otras condiciones; pero justamente es o era lo que dejaba libre al artista para no tener otra preocupación material y poderse entregar plenamente a la realización de su obra intrínsecamente. Esa obligación, el destino fijo de su obra, le confería una base de autenticidad y profundidad que hoy no tiene porque ahora no depende de nada ni de nadie y las cosas que se hacen de puro antojo no pueden tener trascendencia alguna. Esa falta de disciplina, de responsabilidad le lleva a fiarlo todo al azar, al menor esfuerzo, en una cada vez más crónica impotencia intelectualista y teorizante.

Por lo tanto pienso, que si el artista ha dejado de ser bohemio sin otra esperanza que su ilusión, la que rara vez alcanzaba, y el obrero ha dejado de ser el paria explotado sin consideración, con la amargura de una vida sacrificada, sin el consuelo de ver abundante el pan para sus hijos, justo es que no se descuiden las conquistas obtenidas, que se mantengan y acrecienten. Pero ahora debe, sobre todo, tender a la conquista moral y espiritual para que su libertad deje de ser un mito.

El artista debe dar un sentido más humano a su obra o sea salir de su hermetismo egoísta, para que su libertad, sin compromiso, no lo suma en un parasitismo denigrante, y el obrero debe luchar no sólo por el precio con el que se le sigue avasallando, sino por que se le confiera la posición equiparada y sin mengua alguna, igual a la que corresponda a cualquiera de sus semejantes, porque nadie puede estar por sobre aquel a quien el trabajo dignifica.

Pero esta posición sólo podrá ser alcanzada por la conducta y esfuerzo personal de cada uno, porque sólo cuando así haya muchos, dejarán de ser la masa a la cual tan fácilmente se engaña. Que los hombres de buena voluntad, libres espiritualmente y de todo sometimiento sectario, con altruismo den el ejemplo sin reparar en sacrificios, para que desaparezcan de la faz de la tierra las trabas maquiavélicas que aún obstruyen el florecimiento de la verdadera libertad, basada en el respeto mutuo y la confraternidad humana.

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948.

Giros: C. C. P. Paris 1350756 — Roque Llop, 24,
rue Ste-Marthe - PARIS (X*)

Téléphones: Red. y Adm.: BOT 22-02 — Talleres: BEL 27-73

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre	210 francos
Semestre	420 »
Año	840 »
Precio del ejemplar corriente	70 »

Le Directeur : JUAN FERRER. — Imprimerie des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine)